

BIENOTECIA MUNICIPAL

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 22
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid: 1,50 pts. trimestre; Año 5
Provincias: 1,80 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año

Madrid, Jueves 7 de Julio de 1910

1 NÚM. 26



EN POS DEL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA

Hoja y folleto

Hemos puesto ya en Correos la Hojita 7.^a titulada "La Comunión", y el folleto "A una madre", por Ramón Chies.

Que el Señor de Cielos y Tierra se digne premiar el celo y la voluntad que ponemos en su santo servicio, haciendo que una y otro se vendan tan bien como los anteriores, es lo único que le pedimos en nuestras cortas oraciones.

España anticlerical

La importancia de las manifestaciones y los mítines celebrados el domingo último en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Coruña, Gerona, Cadiz, Huelva, Castellón, Logroño, Alicante, León, Alacete, Cartagena, Cáceres, Badajoz, Jaén, Jerez de la Frontera, Linares, Béjar, Benavente, Don Benito, Elche, Elbrillar, Girona, Lúna, Jativa, Villanueva de la Serena, Lorca, Rueda y otras muchas poblaciones importantes de España, prueban que el clericalismo está próximo a desaparecer.

Que en su agonía ha de revolverse desesperado, sabido es también; que lo acorráremos y enteraremos, no hay para qué decirlo.

Perseveremos en esta actitud digna y enérgica los liberales de todos matices, y se disipará la niebla negra que ha descargado y descargará aún sobre España de honras, vergüenzas y ruinas.

No doy detalles de los actos celebrados, ni aún de la grandiosa y nunca vista manifestación madrileña, porque los sabrán todos mis lectores cuando llegue este número á sus manos.

Me limito á exclamar con el mayor entusiasmo:

¡Arriba la España de los honrados y los dignos!

¡Abajo la España que reza, roba, asesina y degrada!

Dos aplausos

Sobre las mil notas simpáticas que se dieron en Madrid, merecen especial mención dos: la concurrencia de las mujeres proclamando sus ideas anticlericales, y la decisión del Sr. Moret aceptando improvisadamente la presidencia de la manifestación.

¡Bien por las damas madrileñas!

Un aplauso al Sr. Moret.

ARMA AL BRAZO

La monarquía española es ante todo y sobre todo clerical: en esto nos halla-

mos conformes todos. Pero como en las altas esferas están perfectamente informados, saben la vuelta que la opinión pública ha dado en estos últimos tiempos, ven el incremento que el republicanismo y el anticlericalismo han tomado, y comprenden lo peligroso que sería en estos momentos pensar en Maura, ni siquiera en otro hombre del partido conservador, y se sirven de Canalejas para ver si logran poco á poco apaciguar la fiera de la opinión dándole á roer algún hueso descarnado.

El plan trazado pudiera ser el siguiente:

Dejar que Canalejas empiece á desmoronarse (iniciar sería más propio) su antiguo programa anticlerical, á fin de que muchos ilusos crean que la monarquía no es rémora ni dificultad para el progreso; entretanto, de acuerdo con Roma, pasar por lo de que los clericales griten, protesten, se indignen y amenacen con la guerra civil; y si el gobierno, ante esta situación, se detiene en su marcha, ó toma cuantas medidas anodinas que no afecten á la cuestión principal, el clericalismo triunfará en el fondo.

¿Que si creo á Canalejas capaz de prestarse á este juego? No; más bien creo que él es la primera víctima del plan fraguado; tiene á su lado ministros que, después de procurar que se pare ó retroceda, se afanarán por hacer creer que no es culpa de la Corona, y sí de Canalejas, el no haber ido adelante.

Porque venga más á la realidad.

En el Vaticano podrán no ser muy listos, pero tampoco son torpes hasta el punto de no comprender que lo hecho hasta ahora por Canalejas no afecta al fondo de la cuestión planteada, y que, por lo tanto, no tienen motivos fundados para gritar é indignarse; saben además los malos vientos que corren actualmente para ellos en todo el mundo, incluso en España, y no iban á armar-se por tales nimiedades.

La real orden referente á la inscripción de las congregaciones religiosas, lejos de perjudicarles, los favorece, porque abroga de hecho el Concordato y da estado legal á las que hoy no lo tienen.

La referente á signos exteriores ó rótulos de los cultos disidentes, nada les quita. En su fuero interno se rien de ella. Es un pequeño mendrugo que se arroja á los tontos.

Lo del proyecto de ley aboliendo la obligación de jurar, tampoco les da frío ni cae or. ¡Que pase todo eso, que pase! Harán luego como que se resignan, para recabar grandes concesiones.

Pero que trate el gobierno de disminuir un solo fraile ó monja en el numeroso ejército que nos asedia y empuerece, que establezca el matrimonio civil y la secularización de los cementerios, que intente suprimir un solo obispado de los 69 que sobran, y entonces sí que vendrá la protesta y el griterío de verdad, y la salida de Canalejas.

En suma, que estamos esperando á

una farsa, perfectamente urdida, y que hay que permanecer arma al raso. Los diputados y senadores republicanos están en el deber de no dejarse engañar por falsas apariencias, ni consentir que se engañe al país, y deben exigir de este gobierno, como mínimum:

Libertad de cultos.

Limitación, por lo pronto, de las órdenes monásticas y extinción de todas ellas en plazo breve.

Limitar los obispados al número de provincias.

Matrimonio civil.

Secularización de los cementerios.

Prohibición de ejercer industrias de ninguna clase á frailes y monjas, especialmente la enseñanza.

Reducción de seminarios al número de metrópolis; limitación del número de seminarios á las necesidades del servicio parroquial y sujeción de la enseñanza al plan de los estudios oficiales.

Supresión de cátedras.

Equiparación de los tribunales eclesiásticos y de los jueces á la magistratura.

Inmovilidad de los obispos.

Sujeción de los Prelados y predicadores á las leyes del Reino.

Intervención del Estado en todos los ramos de la administración eclesiástica.

Supresión de la Nunciatura y coacción de sus facultades al obispo de la capital del Reino.

Dependencia de todas las sociedades religiosas, del ordinario.

Declarar propiedad de los municipios los muebles é inmuebles religiosos.

Sujeción de los espectáculos religiosos al tributo.

Sujeción del clero al servicio militar ordinario.

Nivelación de sueldos en el personal eclesiástico.

Prohibición de la exportación de caudales y de dinero á Roma con pretextos canónicos.

Apertura al público de archivos y bibliotecas.

Y no pedimos más por hoy.

Sobre la campaña protestante

Por mal camino

Revista Cristiana, que es seguramente uno de los mejores órganos del protestantismo en España, continuador de la obra que dejó emprendida aquel celoso apóstol F. Fiedne, trata en su último número de combatir á los católicos, y ataca de paso á todos los disidentes del protestantismo, con lo cual demuestra padecer nubes en los ojos. Entre otros párrafos, escribe éste:

«Que haya indiferencia religiosa entre los fieles y el cura estará imperturbable; que lleguen números de *El Motín* ó de *El Centinela* y el cura se reirá; que vayan de propaganda ácratas y libertarios, ateos ó racionalistas y el cura no se apurará gran cosa; que se

establezca alguna escuela laica y aun lo podrá tolerar el cura, no siendo en épocas, como la actual, de extraordinaria efervescencia clerical; pero que penetren los protestantes; que lleguen Biblias ó tratados ó periódicos evangélicos; que se instalen escuelas ó iglesias; ¡ah! entonces el cura se encenderá en santa ira y no se separará ni un momento hasta lograr concitar todos los ánimos en contra de aquella nefanda invasión: ¿Y todavía se atreven esos buenos señores á calificar el protestantismo de sistema ridículo y antipático al pueblo español?

La reciente encíclica de Pío X á los alemanes y los comentarios á que ha dado lugar, dan un mentis solemne y categórico á los asertos del colega; la Iglesia no teme á los protestantes, á quienes está acaciando; todos sus odios los reserva para el modernismo.

Los protestantes tienen al Papa sin cuidado; sabe que la mayor parte de ellos son más papistas que él, más reaccionarios que él y más católicos que los católicos, y, sobre todo, más clericales. Y sabe además que puede contar con ellos en caso de apuro. *Protestantes y papistas* lucharon juntos en Francia contra la separación, como en España se han aheido los protestantes á la persecución de las escuelas laicas, como en el Centro alemán luchan juntos unos y otros.

Sin duda, algunos curas, á la vista de un protestante, gritan y vociferan, pero no es por miedo, sino por *report*, por afán y necesidad de crar molinos de viento contra los cuales poder librar impunemente batalla.

Por lo demás, ¿qué hacen los católicos contra los protestantes? ¿Cuántos pastores entraron en la cárcel en el furioso arrebato clerical habido el año pasado? ¿Cuántas capillas fueron cerradas? ¿Cuales jefes fusilados? ¿Cuántos libros confiscados y cuales periódicos suprimidos?

Por lo que se refiere á la alusión hecha á EL MOTIN, á los hermanos remitimos. Todas las campañas protestantes juntas, con todas sus capillas, escuelas, periódicos y biblias, no han suscitado en cuarenta años el ataque de bilis y de rabia que en tres meses han excitado las *Hojitas piadosas*. Si EL MOTIN hubiese podido luchar con los elementos que dispone el protestantismo en España, ¿quedaría á estas horas un raíl ó un clerical para un remeio?

Peo hay más: el se finfo obtenido por los protestantes en el trabajo de preparación va oíh: por periódicos no prote t nes. Se c nís y escuelas s libertad de repa to de biblias y de pre isa, qué base tiene s o las prisi n s, multas, fusil mto , des tierros y crifi ios hechos os a eos y raci o al is as, que han abie o las primers breas s. n nunci o n d l E a do. Y es más: ¿qu é fa de los p otest tes n nana mismo si enaciese el furor clerical, y si esas masis ateas, las as p o vo acionarias s eira ese y desigasen de los protestantes? ¿Con

qué fuerza resistirían el ataque? ¿Con la diplomacia extranjera quizas? Pues... ahí está la cuestión que quiere eludir el colega: ¡el ext anjerism !

Vea ahora si es us o ni prudente hablar con el des n f do (por no decir otra cosa) con que é habla de esos á quienes debe el protestantismo cuanto es.

Y pasando á otra cuestión, debemos decir, que el único enemigo formidable para el Vaticano es el modernismo, y los mayores enemigos del modernismo son los protestantes, que en esto obran como gendarmes del clericalismo. A ellos se debe principalmente que el modernismo no hay, constituido en España el primero y más fuerte centro de su acción, y ellos son, por ende, los mayores auxiliares de Roma.

Esperamos que *Revista Cristiana* se defienda de esta acusación que le formulamos ante la opinión pública; su silencio sería el pleno reconocimiento de este grave cargo, que pondría al protestantismo en entredicho ante la conciencia española y que convertiría á sus adeptos en *agentes clericales secretos*.

Ya ve el colega que procuramos no extremar las ideas ni el lenguaje; y ve también la necesidad de definir perfectamente los campos y las actitudes de los militantes.

UN DOCTOR MODERNISTA

Semblanza

La Tribuna, de Barcelona, trae la siguiente, que es gráfica:

«Ilustrón mayor en la española escena, jamás nació para engañar la gente. Ansiando la minuta, engaña y miente, y á la procaz, sus arcas llena.

Ni ser ministro su ambición serena; se dobló ante sagasta, reve ente, y luego le injurió, viejo y doliente; ¡fácil valió de la cobarde hiena!

La casa infama donde fué criado; villanamente pe juró en seguida, y el Muntaner, en Montaner trado, es la farsa pe petua de su vida; que también de su mad e ha renegado, por creencia de raza envilecida.

EUGENIO SILVELA

Preguntas á las damas católicas

¿Cuántas noches has parado á la cabecera de tus padres enfermos?

¿Cuántas caricias has lavado y cosido para tus hijos, ó con tanta mediocridad? ¿Cuántas comidas has servido?

¿Cuántos días has permanecido al lado de tu esposo triste, cuántos sin ver á tu director espiritual?

¿A cuántos frailes te has negado á recibir estando sola en casa? ¿Cuántas veces has notificado á tu marido las pláticas de confesonario que pudiesen ser peligrosa para él? ¿Cuántas conversaciones has tenido con el clérigo que no

te atreverías á sostener oyéndolas tu madre ó tu conyu?

¿A cuántos de tus hijos les has dado el pec o? ¿Qué suc edades les has lavado? ¿Que lágrimas les has lavado? ¿Cuánto tiempo empleaste en enseñarles á andar, instruirles y educarles?

¿Cuántos bailes has sacrificado al dolor de tus vecinos? ¿Qué privaciones te has impuesto para anviar la desdicha ajena?

¿Cuántas dotes diste para las hijas de tus exp o tados? ¿Cuántas pensiones para los inutilizados en tu servicio? ¿Cuántas reacciones á tus damnificados?

Pues, si no sirves para hija, ni sabes ser esposa, ni crías tus hijos paridos por fuerza, ni sirves para vecina, ni sabes cocinar, ni hacer un mazurco, ¿cómo te atreves á usurpar el título de mujer que sólo se merece y se alcanza siendo hija, esposa y madre?

EL ANIMO DE LA SANTA SEDE

He aquí el párrafo que el Papa de dicó á los protestantes a emanen en su famosa *Encíclica* de 26 de Mayo, recogida por s. d. c. e. a, injuriosa, falsa, é insolente:

«En medio de tales circunstancias se levantaban hombres soberbios y rebeldes, enemigos de la cruz de Cristo, gentes de propósitos terrenales, cuyo dios es el vientre. Estos tales no buscaban la corrección de costumbres, sino negar el dogma; embarullaron o todo, trillaron para sí y para los demás el camino de la licencia, ó á lo menos despreciaron la autoridad y el régimen de la Iglesia, y aun con cierta tiranía llevaron á la decadencia la doctrina, constitución y disciplina de la misma, según el arbitrio de los príncipes y pueblos más corrompidos. Después imitaron á aquellos impíos á los cuales se dirige aquella amenaza: «Ay de vosotros los que llamáis lo malo bueno y bueno malo» y llamaron á aquel tumulto de rebelión y á aquella destrucción de fe y moral re tauración, y á sí mismo reformadores de la antigua disciplina; pero, en realidad, eran corruptores, puesto que extenuaron las fuerzas de Europa por luchas y guerras, y prepararon de ese modo las defecciones y divisiones de estos tiempos actuales, en los que se u ió en un sólo ímpetu el combate, antes dividido en tres, del que siempre habia salido victoriosa y feliz la Iglesia, es, á saber, las luchas sangrientas de las épocas primitivas, luego la peste interior de los errores, y, por fin, con el pretexto de reclamar santa libertad, aquella epidemia de vicios y destrucción de la disciplina, á la que acaso no llegó ni la Edad Media.»

El Vaticano ha declarado después de la nota de protesta de Alemania, que con estas series de insultos, no intentaba z heir á los protestantes, sino á los modernistas.

Se ve que el Espíritu Santo esta vez se había propuesto seguir la máxima

«al revés te lo digo para que me entiendas.»

Ya lo sabemos: cuando el Papa dice *digo*, no dice *digo* sino que dice *diego*.

El buen sentido

Mr. Buisson, el gran apóstol de la separación en Francia, ha dicho en el banquete que le han dedicado los librepensadores franceses:

«Hay que aplicar nuestra labor á los dos hemisferios á la vez: contra el clericalismo romano y contra el clericalismo protestante, tan activo y belicoso en los países de su dominio, como pacífico y liberal entre nosotros.

«La lucha está entre los que creen y los que no creen.

«La neutralidad de la escuela es inadmisibles; no debemos consentir que se puedan enseñar á los niños supersticiones ridículas y cosmogonías grotescas.

Reclamamos la enseñanza laica en toda su plenitud, y somos, por tanto, enemigos de la libertad de enseñanza. La escuela del Estado debe fundarse en la razón.

«Dícese que no puede haber sociedad sin religión. Después de la obra destructora verificada por las religiones, es preciso reconstituir la sociedad, demostrando prácticamente que el orden social no se basa sobre la movediza arena de las ideas religiosas, sino sobre la roca de la ciencia.

«Los socialistas no deben olvidar que su primer deber es la lucha contra la Iglesia.

«Debemos proclamar la necesidad de crear una moral sobre las bases científicas para hacer brotar una sociedad nueva y mejor.»

«Se enteran los cuatro soldados y diez ó doce cabos que constituyen el ejército protestante en España?

Mal se va poniendo en todas partes el oficio de vivir del cielo.

Siento no tener ahora veinte años, para poder alcanzar los tiempos felices en que los oficios de cura católico y pastor protestante no den para comer, como dejó de dárlo el de mayoral de diligencia cuando se instaló el ferrocarril.

¡Qué felices van á ser nuestros nietos!

Cinismo incomprensible

El Sr. Maura afirmó en el Congreso de modo solemne, que había de hacer homenaje á las propias convicciones, aun teniendo la evidencia de que era un error lo propuesto por el Tribunal Supremo en la cuestión de las actas; porque si se hiciera la revisión de de sus informes «no podrían ser buenos los resultados, á no ser que el Parlamento español fuera otro, otros los partidarios y otros nosotros.»

A esta monstruosidad le aplicó *El Correo* este severo comentario.

«Constituyen estas manifestaciones una verdadera prevaricación, porque

son, en resumen, la emisión de un voto en contra de lo que se siente y la conciencia aconseja.»

Esta declaración terminante de que él, aun teniendo la evidencia de que una cosa es injusta, la vota y la impone, incapacitaría á Maura para volver á dirigir un gobierno, si por otras muchas razones no estuviera ya incapacitado.

Si el pueblo español no se levantara airado el día que se anunciase siquiera su vuelta al poder, estaría en cobardía á la altura que él en cinismo.

Crónica obrera

Lo del día.

Hace años los obreros organizados, aun habiendo abandonado «la religión de nuestros mayores», cuando se les llama para propagar ó defender el racionalismo y para atajar las demasías de la Iglesia se encogían de hombros, pensando que ésta se caería sola.

Dentro de las organizaciones de resistencia se toleraba á los abanderados en los Circuitos católicos, sin más castigo que tal vez broma de taller. Así en una peregrinación obrera á Roma pudieron formar sujetos de los Sindicatos de oficio, sin que éstos pensaran en adoptar contra aquéllos correctivo alguno, salvo la repugnancia que tal conducta inspirara.

Es decir, la organización obrera iba á lo suyo sin curarse para nada de la Iglesia ni de la religión y sólo algún que otro grupo de organismos creaba escuelas de las que se excluía el catecismo y no ciertamente por afán antirreligioso, sino por estimarlo cosa natural.

Pues bien, en unos diez años los señores católicos se han dado tal maña que han trocado esta indiferencia en ruda hostilidad, tanta que la natural derivación de todo motín es la quema, la lapidación ó la silba—cuando no se puede otra cosa—á las casas de religión.

Es en la clase obrera donde con más frecuencia se dan las uniones libres, los matrimonios y los entierros civiles, y la que más á menudo prescinde del bautismo para sus hijos. Pues en las ciudades una nube de señoras desocupadas y entrometidas invaden los hogares así formados y siembran en ellos la discordia.

Es la clase obrera la que más enfermos envía á los hospitales, y aunque éstos se sostienen con los tributos que pagan creyentes y descreídos, no gozará de tranquilidad ni se verá atendido aquel que se niega á realizar las prácticas externas del catolicismo.

Como es a gente se mete en todo, en buena porción de fábricas, talleres y explotaciones—generalmente donde son más cortos los salarios y más largas las jornadas—se obliga al obrero á la misa dominical, y á confesar y comulgar, y á asistir á las misiones, claro está que no en horas de trabajo.

Vivían y viven en las poblaciones muchas pobres mujeres que cosían, lavaban, planchaban, bordaban; los conventos explotando bárbaramente, religiosamente, á pobres reclusas, van desapareciendo este medio de vida privando de él á

legión infinita de infelices mujeres.

No bastaban, sin duda, estas intromisiones y excojesiones y lanzaron contra el proletariado militante las menguadas huestes de ignorantes y degenerados que agruparon en Circuitos, Patronatos y Sindicatos, malogrando huelgas, haciendo lo posible y lo imposible por esterilizar toda mejora, encendiendo una guerra civil en los oficios que ya se manifestó en luchas violentas.

Donde pudieron, como en Mieres; persiguieron á los obreros dignos con la fría é implacable crueldad de que sólo los católicos son capaces.

Y en Pamplona trataron de destruir las Sociedades obreras haciendo que todos los propietarios les negaran local.

Y en Toledo trataron de que sólo sus obreros pudieran trabajar, condenando á los demás al hambre ó á la sumisión...

Es decir, que no han dejado ni dejan de sembrar un sólo agravio, un sólo mal, y así hoy aquel proletariado semi indiferente es la vanguardia del formidable ejército anticlerical y antirreligioso; y bien cercano está el ejemplo de los extremos á que llega su odio hacia quien le ofende y le daña cada día, violentando su conciencia, hasta quitándole el pan de la boca.

J. J. MORATO

El furor neo

En la colisión habida en Bilbao, de la cual resultaron un muerto y unos cien heridos, los carlistas, ciegos de furor y de miedo, recibieron á tiros á sus correligionarios.

Sólo el miedo dispara el fusil antes de tiempo. Sólo el furor se lanza encarnizado sobre la presa.

¡Feroces y cobardes, como siempre! No podía comenzar mejor la guerra fratricida que preparan.

Los terroristas de Barcelona

En 1908 publiqué en *El Globo* un estudio que tuvo la habilidad de excitar las iras del terrible Juan Lacierva, en vez de excitar su celo y de fijar su orientación en la pesquisa del terrorismo barcelonés.

Como apéndice de aquel trabajo, cuyo pronóstico se ha cumplido en todas sus partes y se irá cumpliendo mientras los gobiernos no cambien de conducta voy á poner este artículo, formulando concretamente dos preguntas de buen criterio judicial.

¿A quién aprovechan las bombas?

I.—Sólo á dos clases determinadas: jesuitas y policía.

A los jesuitas les interesa poner y mantener en tensión el furor del gobierno, obligándole á acumular en Barcelona fuerza y más fuerza pública, llevada allí, no para mantener el orden público, sino para salvaguardar los intereses privados y de legalidad discutible del jesuitismo, contra quien la venganza popular tiene el brazo levantado.

A los jesuitas interesa mantener en el misterio los crímenes por ellos mismos cometidos, para atribuirlos a las personas y partidos que desean desacreditar, á semejanza de lo ocurrido en el asesinato de Enrique IV de Francia, atribuido por el P. Coton á los hugonotes, habiendo sido él mismo el armador é inductor del regicida Ravaiillac. Otro ejemplo, el ocurrido en Bilbao con los famosos sucesos de Begoña, cuyos alborotos fueron promovidos por los novicios jesuitas mezclados entre los grupos revolucionarios, según declaración pública del Hermano Fuchs, uno de ellos.

A los jesuitas interesa crear y sostener un estado de alarma continua que ocupe la atención pública, distrayéndola de las maniobras jesuíticas en sus mil negocios.

II.—Interesa á la policía, mejor dicho, á las rivalidades que sostienen los diversos cuerpos allí encargados de la vigilancia pública, y á los varios personajes que se disputan el predominio de esta función. A unos les interesa hacer fracasar á otros; á otros interesa crear misiones especiales; á otros les convienen simulacros de servicios fantásticos, etc. El pasado comprueba estos juicios; el terrorismo ruso los confirma sobreabundantemente.

¿Quiénes pueden poner las bombas?

I.—En este punto debemos examinar la parte moral y la parte material.

Por la parte moral, los únicos que pueden ser autores del terrorismo son gentes de laxa moralidad, sin conciencia social, capaces de sacrificar muchas vidas y la vida de toda una ciudad á provechos particularísimos; gentes sin familia expuesta á los daños de las bombas; sin peligro de ellos mismos...; gentes que obren á la mayor gloria de Dios ó bajo un lema moral que autorice todos los medios de destrucción de la humanidad con tal de obtener el provecho de su *ídolo*. ¡El jesuitismo inmoral y el policierismo inconsciente y amorral!

II.—Por la parte material necesitase sitio seguro para fabricar los artefactos con toda tranquilidad, lugar inasequible á la mirada pública y á la investigación y a specha judicial; necesitase carácter personal que permita directa ó indirectamente al criminal hacerse con las sustancias químicas sin despertar la sospecha de los drogueros; se necesitan aparatos y habilidad para manejarlos, y además se necesita el absoluto silencio de los enterados del negocio. Todos estos medios están difícilmente á mano de un particular, y, en cambio, cuentan con ellos á todas horas todos los conventos y centros jesuíticos.

III.—No es concebible ni verosímil que si las bombas procediesen de un particular, lograrse el criminal sustraerse al conocimiento de la mujer, de la querida ó de algún amigo; sustraerse á la sospecha de los vecinos y de los porteros con sus entradas y salidas, con las precauciones de que había de rodearse por hábil que fuese en el disimulo, etcétera.

No es concebible que esos tales, enterados del crimen, pasasen años y años guardando silencio absoluto, resistiendo las tentaciones que á la delación les pondrían las riñas domésticas, los re-

mordimientos de la conciencia y el premio de cien mil pesetas ofrecido al delator. Sólo al secreto jesuítico y al complot jesuítico, son fáciles estos medios.

Si no fuesen los jesuitas, á estas horas estarían descubiertos los terroristas.

IV.—Elíjase de Barcelona una familia cualquiera, suponiendo en ella un terrorista, y siempre resultará que la esposa, la madre, la hija, la sobrina ó una persona de la intimidad, está bajo la influencia jesuítica. La mujer más avanzada, carece de aquella energía integral de conciencia que la ponga á salvo de depresiones. La famosa Francisca Soler cayó pronto en poder del jesuitismo. La otra revolucionaria Manuela Linares, iba á confesar con frecuencia. Puede, pues, darse por seguro con seguridad del 99 contra uno, que no hay individuo ni familia en Barcelona que reista a gunos meses la fiscalización jesuítica.

Ahora bien: el primer individuo conocedor del terrorista, en la primera confesión confesaría éste su conocimiento y sería obligado por el confesor á la delación. El jesuitismo no resistiría tampoco al prurito de prestar un servicio al Estado.

Los efectos

Las bombas misteriosas se colocan con persistencia sistemática en centros jesuíticos y al parecer dirigidas contra las clases ajenas, y en circunstancias que no puedan alejar por el terror las gentes de los centros jesuíticos.

Los hechos

Todos los autores de bombas marcadamente anarquistas, han sido habidos; sólo no son habidos los autores de las bombas lanzadas contra el pueblo anónimo.

Las circunstancias

En la semana trágica, cuando todos los criminales gozaron de absoluta libertad y andaban sueltos por las calles, no hubo ni una bomba. Los únicos que estaban encerrados en sus casas y conventos eran los jesuitas, bloqueados y aterrorizados por el pueblo.

Las delaciones

Los libertarios de todo el mundo están de acuerdo en atribuir las bombas de Barcelona al clericalismo y á los policías clericales.

Rull, en visperas de ser ejecutado, declaró existir dos clases de terroristas. Tressols habló repetidas veces de *pis-tas de aitura*.

Un expolicía, desde Buenos Aires, publicó en la prensa una carta denunciando que, estando prestando servicio junto al colegio de Caspe, vió salir de un coche á un caballero con un pañuelo ensangrentado, y meterse corriendo en el colegio jesuita. Sospechando de él, llamó la atención de su jefe, que le prohibió llevar más allá sus investigaciones. Momentos después supo que poco antes había estallado una bomba.

RICARDO MAYOL

LOS JESUITAS DE PORTUGAL CONTRA LOS FRANCISCANOS

Continúa la riña de gallos entre franciscanos y jesuitas portugueses.

Los diablos jesuitas han adoptado su marranería tradicional de llamar herejes á los franciscanos. Fray Bartolomé Ribeiro protesta indignado contra esta maña tradicional en la Compañía de Jesús, y al verle furioso los satrapas jesuitas, riñense como descosidos.

¿No podrían los franciscanos devolverles la pelota y trocar en ataque la defensa?

Bastaría armar cruzada contra los herejes jesuitas, al grito de regicidas, anarquistas, incendia-los, seductores, estafadores, ladrones, falsificadores, embusteros, envenenadores y sinvergüenzas. Ahí está la Historia comprobando todos estos asertos.

Al zorro jesuita se le trata á estacazo limpio. Hay que despreciar sus ataques y atacarle á él á la cabeza.

¿A qué desmentir á esa institución de difamadores y de solemnes embusteros?

A esos tales se les levanta la sotana, se les somete á examen fisiológico y se les expone á la vergüenza pública.

Envenenadores de papas, asesinos de obispos, asesinos de reyes, embaucadores de pueblos, santos de los tectos *mamillares*, cobardes, traidores, sin-patria, sin-leyes, sin-conciencia, no merecen la réplica, sino el exterminio.

Duro y á la cabeza.

La campaña de "El Motín"

Mis amigos y lectores habrán podido notar la actividad y extensión que ha adquirido esta campaña en estos últimos tiempos. No está desarrollado todavía por completo el plan propuesto, y cuyos extremos no es del caso divulgar. Por lo pronto tenemos cinco elementos:

1.º Libros de formidable ataque y de viva polémica, que irán aumentando hasta formar una biblioteca de selecta literatura y dialéctica anticlerical.

2.º Folletos escogidos, amenos unos, chispeantes otros, demolidores éstos y todos eficaces para impresionar el ánimo.

3.º Hojitas sueltas, atractivas, ingeniosas y ligeras, cuyas virtudes predicán los contrarios.

4.º Granitos de oro, de dosis homeopáticas, semejantes á chispazos eléctricos, que se publicarán en toda esta semana.

5.º EL MOTÍN, eje, vehículo y baluarte de todas esas trincheras.

Faltan todavía otras cuatro sorpresas que no hemos de anticipar al conocimiento del enemigo y que se irán presentando en tiempo oportuno.

Montada ya la máquina, y entrada en función, debo dar á los amigos las indicaciones del fin á que va destinado tanto trabajo, para que lo utilicen á

mayor gloria de Dios y beneficio de las almas.

El objeto ha sido organizar un sistema de propaganda que permita llevar el anticlericalismo a todas partes, hasta el último rincón de sacristía, y darle un carácter sagrado.

El trabajo que se hallan en marcha es el libro y folios, destinados principalmente a fortalecer la conciencia anticlerical, pero en los escaparates públicos para tener en sus títulos la curiosidad de los curiosos, esperando el día en que todos los individuos tienen en un momento de su vida, causado por la vida doctrinal, por el escándalo moral, por las rapacidades, atrocidades e injusticias de que el clero temprano les hace víctimas el clero les mira.

Lo primero, por su precio y fondo, se preveía que los anticlericales al conocer que algo el clero atraviesa a una de sus crisis, se lo veían como llamada de atención y de la razón, si viendo el clero parte de orientación en su temáticas.

De los ojos hemos ya hablado repetidas veces. Basta indicar que conviene ir a cada una de ellas con discreta oportunidad. Cuando esté completa la serie circular que me propongo ir formando, habrá soñado el clero a una ma eficio que no halle en las Hojitas su contravenio. Terribles deben ser los efectos de esta metralleta, cuando todos los malos periodistas de la Buena Prensa y todos los obispos especuladores, sin excepción, han salido a cargar contra ella. Es del caso especular ese de ver que un simple chiquillo simpático, repartiendo con sonrisa angelical Hojitas, hace salir de su palacio al soberbio prelado, arranca el disparo de sus iras y pone en alboroto todo el gallinero clerical. A pesar de todos los esfuerzos episcopales, las Hojitas llegan a todas partes y penetran en todos los hogares. Si no las lee la vieja de la casa, las lee la criada; si no las lee en el salón, las lee en el retrete; si no las lee todas por dentro, lee a guisa párrafo, sorben alguna idea y ésta se encarga de fermentar en el cerebro engendrando otras y otras.

Fa taban los Granitos de oro, cuyo objeto múltiple se a canza a simple vista. Puede fijarse en el tronco de los árboles del monte, en el pozo de la carrietera, en la rueda del río, sobre la mesa del café, en el palo de una silla, en fin, en todos aquellos sitios en que la ley, el buen gusto y el celo por la gloria de Dios indiquen su oportunidad y conveniencia. Para eso va engomado como los sellos de Correos el pliego que los contiene.

Puede utilizarse para cierre de cartas y... aun, como papel monea. ¿Qué va una monja a un hermano fraile a pedir? Se le da un Grano de oro. ¿Qué el amo obliga al criado a ir a confesar? Sobre el reclinatorio del confesonario deja el Grano de oro... etc.

Cuando la serie esté completa, los habrá para todas las ocurrencias de la vida.

Y con esto lograremos llevar la Verdad chispeante a todas partes. No hemos de parar hasta que el farsante religioso se halle sitiado por todas partes sin dejarle espacio en que no encuentre el anatema. El papelito servirá como toma de posesión del anticlericalismo; será el

símbolo de la bandera de la verdad clavado allí donde se fija.

A convertir católicos, a desasnarios y a quitarles la venda que tienen atada a los ojos!

Es de suponer que a no tardar saldrán los clericales a contrahacer la mercancía. Mejor que mejor; luchar es vivir y vivir es orizar-e.

He aquí por donde todo anticlerical, viejo o joven, hombre o mujer, puede ser apóstol de la verdad.

Y e peremos la nueva lluvia de santas maldiciones con que fecundarán nuestros Granitos de oro los celosos prelados, gritando nuevamente contra esta invención diabólica: el grano, fecundado por el enojo episcopal, será un germen vivificante.

Hojitas y Granitos dados al aire, serán el viento que sacará flores y frutos de los mismos alcornoques. Y además nos hará reír mucho.

¡Adelante, compañeros, y hasta la otra que vamos a preparar!

El clero parroquial

Los párrocos de Madrid, reata de los obispos, han salido en favor de los frailes que les roñan las entaños a ellos y las enaguas a sus feligresas.

¡Mamariachos! ¡Con o si no fuesen del dominio público el odio y resentimiento que tienen a los frailes todos los párrocos que no deben la parroquia a las intrigas de las trauas!

Y no se crea que al hablar así, es porque nos duela que el clero español imite al francés. A contrario. Por nosotros, adelante. Mejor que mejor.

Con esto nos autorizan para cambiar la frase de *jabajo e fraile*, por esta otra doblemente simpática: *jabajo el clero*, y para pedir la separación de la Iglesia y del Estado.

Y cuando se queden sin presupuesto y sin autoridad oficial, se les ha ocurrido al clero fraile, podrán ir a pedir de comer a los frailes y al Vaticano.

¿Sven los curas al Papa y al J su na? Pues de aquel a quien se sirve, de aquel se debe comer.

Mas ¡ay! pobres de ellos si tal caso llegara. Menudados serían los delantes que taparan las protuberancias accidentales de sus señoras amas.

La bestia humana

Furor clerical.—Un teniente cura hicrofobo.—Lucha con un médico.—Enferma que se muere.—Responsabilidad del cura.

El furor clerical de que están poseídos la mayor parte de los berrendos con sotana, cuenta en sus anales un nuevo hecho que pone a su autor al nivel de las bestias y puede reputarse de crimen de lesa humanidad.

Un teniente cura de la parroquia del Carmen, llamado D. Antonio, hombre joven, belicoso, enzendo de aquella Inquisición que se complacía matando, ha sido el autor de la tropelia que vamos a denunciar. Y que de no ser enra el autor de la misma, seguro estamos de que la justicia interveniría en el

asunto, y metería en la cárcel al bárbaro autor de tamaña hazaña.

En el barrio del Carmen había una distinguida señorita, enferma, y por sus dotes nada comunes de virtud y talento era conocida en todas partes, por cuya causa el curso de su enfermedad corrió de boca en boca y todos hacían votos por el pronto restablecimiento de la enferma.

Como su estado se agravara, pensó la familia celebrar consulta médica, con el fin de procurar el más pronto y completo restablecimiento de la enferma. Celebróse ésta y los facultativos convinieron en que su estado era grave.

Cundió la especie por el barrio, y llegó a oídos del teniente cura de que nos ocupamos, quien sin llamarlo nadie se presentó en la casa de la enferma y sin pedir permiso se introdujo en su alcoba como sombra veloz que venimos en agitada pesadilla.

So presencia no pudo ser más contraproducente. La pobre enferma que vio al cura, creyó llegada su última hora, y con los ojos desencadenados y pintado en su semblante el espanto, pidió repetidas veces al ogo que se marchara, pues no creía que fuera precisa su permanencia en aquel sitio.

Los de atender las súplicas de la desventurada señorita, la bestia humana, a grandes gritos, exhortábala para que se confesara, pues su muerte estaba cerca.

Pidió auxilio la enferma, y uno de los facultativos que la asistían rogó al berrendo que saliese, pues tratábase de una cardiaca y aquella situación aceleraba su dolencia.

Negóse el cura a abandonar su presa y en furor por el desdén del médico que hacían valer su calidad de facultativo le mandaba salir, intentó zarandear, y hasta se dice que le desafió a que salieran a la calle.

Este alte cado agravó a la enferma de tal modo, que presa de un ataque de asistolia iba perdiendo de un modo sensible su fuerza.

El médico salió apresuradamente en busca de un balón de oxígeno conque auxiliara, y en este preciso momento, el bárbaro y fanático cura, ayudado por una soez y tupa beata, comenzó a actuar de punt llero confesando «in menti» a la desgraciada señorita.

Los remedios de la ciencia fueron inútiles. Dos horas después dejaba de existir la enferma, acelerándole la muerte aquella bestia humana en forma de cura.

Todo cuanto hemos relatado es completamente exacto y estamos dispuestos a probarlo si preciso fuera.

Ese Don Antonio, teniente cura de la parroquia del Carmen, ha incurrido en tremenda responsabilidad, pues con su bárbara conducta precipitó la muerte de una enfermedad cardiaca que, aunque grave, según el curso de la enfermedad con sus muchas alternativas.

Los que así obran, caen de lleno bajo la sanción de las leyes.

El fanático clérigo estará satisfecho de haber ganado un alma para el cielo, pero en la familia de la enferma existirá siempre la convicción de que ese berrendo furioso, en su amor a sumar meritos para calzarse un buen curato, causó la muerte del ser querido que para siempre lloran.

Hay seres en la tierra peor mil veces que las mismas fieras.

(VALENCIA NUEVA)

Yo era católico, y, sin embargo, miraba con malos ojos al cura con quien se confesaba mi novia.

Ella p ofesaba las mismas ideas, y, sin embargo, no podía ver a sor Juana, que era una monja amiga mía a quien de vez en cuando iba a pedir un escapulario desde la parte de afuera de las rejas de su convento.

Yo, por mi parte, confieso que me gustaba mucho sor Juana.

Y e o no quiere decir que mi novia le gustase al cura.

LIBRO NUEVO

Espejo moral
de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y OD RIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

Se me venía pidiendo hace tiempo
que recopilase los *Manojos de flores mis-
ticas*.

Como de publicar todos, sumarian
veinticinco ó treinta tomos, he escogi-
do las *flores* que más me agradan de los
años 1881, 82 y 83 y formad un tomo
con ellas; tomo que lanzo *por vía de
ensayo*.

El público le gusta, se mira con los
años siguientes, procuran *o que* toda
la obra no pase de seis ú *o* tomos.
Si no le gusta, el primero s á el úl-
timo.

El tomo costará *una peseta* á pesar *de*
la mucha lectura que *le* va. Para *comen-*
tar su adquisición. En vez de prólogo
llevará la siguiente

EXPLICACIÓN

Al fundar yo EL MOTIN en 1881, aún
se aspiraba en España el vaho de la san-
gre derramada en la tercera guerra car-
lista, preparada, alentada y mantenida
por el clero; aun repetían las descar-
gas de infames fusilamientos; aún vibra-
ban los gritos de dolor; aún estaban
mojados por las lágrimas los trajes ne-
gros de las madres, las hijas y las espo-
sas de los liberales sacrificados; aún se
veían los muros desconchados por las
balas y los maderos carbonizados por
el incendio, en tanto que los lisiados
paseaban tristes por las calles su heroís-
mo y su miseria.

Se comentaban aún con pena y con
rabia los relatos de las violaciones, los
asesinatos y los robos cometidos por
los carlistas, y se recordaba que casi to-
dos ellos fueron sancionados con la pre-
sencia de un cura, cuando no o don-
dos por él; y la indignación se desborda-
ba en los pechos al ver que, apenas ven-
cidos, se dedicaban únicamente á pre-
parar otra guerra, ayudados por los frai-
les que comenzaban á invadir cauteo-
samente las grandes capitales.

Y entonces fué cuando yo, convencido
de que España no sería libre ni se
vería próspera mientras el clero fuera
omnipotente, me juré á mí mismo hacer
cuanto pudiese para evitar una nueva
guerra civil, y emprendí una ruda y
constante campaña para quitar influencia
al cura y al fraile. Y á esto debióe

la creación del *Manojo de flores místicas*,
que hoy comienzo á recopilar en
tomo s á petición de varios lectores y
amigos.

Muchos elogios me valieron y tam-
bién muchas censuras, unos y otras exa-
gerados; pero reconozco que una de las
últimas fué justa: la de que en ocasio-
nes empleaba un estilo vulgar; por ejem-
plo, cuando *la naba parroquidermos* ó
parrodermos á los párrocos, y *cler popó-
tamos* ó *ericeronies* á los clérigos sin
categoría. Si; aquellas palabras eran de
mal gusto; más aún: eran groseras; pero
las empleaba, convencido de que no h y
arima tan terrible como el ridículo, y que
que daría mo almente muerto aquel cura
á quien se las aplicas n.

A cambio de esa confesión, que hago
espontáneamente sin el menor propósi-
to de enmendar, me valgaría que mis
detractores reconociesen que en las *flo-
res* campian todos los estilos; desde el
vulgar, que disuena, hasta el ameno, que
provoca la sonrisa; desde el cáustico ra-
yano en lo sangriento, hasta el enérgico
que llama á voces la indignación; desde
el dulce y sosegado que egocia placida-
mente, hasta el que destroza en un
apostófe.

Y se comprende que los usara todos;
acostumbrado á reflejar el estado de mi
ánimo en mis escritos, en ninguna otra
sección del periódico podía demostrar-
lo mejor, por prestarse á emplear diver-
sos estilos los diferentes asuntos que en
ella tocaba.

Por cierto que esta idea del reflejo,
me inspira otra en este instante: la de
que, leyendo los *Manojos*, puede gra-
duarse el avance que ha ido teniendo el
clericalismo.

Al comenzar á publicarlos, llovían so-
bre mis cartas en que se me reataba cuan-
to hacían los curas, sin ocupar nadie la
cara y hasta rogándome que estampara
los nombres. A poco dejaron algunos
de escribirme, y otros de poner su fir-
ma. Más tarde escasearon las noticias de
tal modo, que me vi obligado á estirarlas
para llenar siquiera un par de columnas.
Algo después, raro era el día que no
me encontrase con quince ó veinte ba-
sas en la suscripción. E eritores de escaso
meollo, ó asalariados, dieron en decir
en los periódicos *los rates* que eso de
combatir á los curas era cursi, pues ha-
bia pasado de moda, y milares de lec-
tores de EL MOTIN cayeron en la cuenta
de que ellos debían ir á la última.

Y comenzó para mí aquella lucha in-
narrable, en que los años parecían sí-
glos y la salida de cada número me plan-
teaba un problema tremendo; a u lla
lucha en que prescindí de la memoria
para que no me perturbase el entendi-
miento, y obligué al entendimiento á
que se someiera ciegamente á la volun-
tad; aquella lucha de la que salí pa a
entrar en la cárcel con la frente más alta
que nunca, el espíritu más sereno y a
esperanza en el porvenir de España más
viva.

Hoy, domingo 3 de Julio, á 11 hor-
que mis correligionarios recorren en
gran manifestación el espacio que me-
dia entre la Cibeles y la estatua de Cas-
telar, en son de protesta contra el cleri-
calismo, requiero la pluma con que lo
combati durante tantos años casi solo, y
escribo esta *Explicación* para colocarla
al frente del primer tomo de los *Mano-
jos de flores místicas*, y pensando en
que no hay idea justa que no triunfe al
cabo.

Y bendito la hora en que, allá por
Abril de 1881, se me ocurrió abrir esta
sección en EL MOTIN para coadyuvar á
la gran obra de la regeneración de Espa-
ña, imposible si no se quebrantaba an-
tes la fuerza del único enemigo verdade-
ro de su libertad, su independencia y su
vid; porque aquella hora me ha t aído
la alegría intensa que en este instante
disfruto, al pensar que allá abajo, en la
Castellana, milares y milares de hom-
bres, entre ellos casi todos los que me
censuraron ó combatieron, lanzan al
unísono el grito que fué como el lema
de mi vida: ¡Abajo el clericalismo!; grito
potente que resuena en mis oídos a pe-
sar de la distancia, y que borra en mi
espíritu el recuerdo de tantos años de
abandono, olvidos, injurias...

JOSÉ NAKENS

8 Julio 1910.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

*Se están sirviendo ya los muchos pe-
didos que tenemos pendientes de esta
céebre obra, cuya edición 34 acabamos
de hacer.*

*En toda esta semana quedarán termi-
nados los envíos.*

*En vez de á dos pesetas, como hasta
ahora, se venderá á una, para que pre-
da d und rse más.*

*El que lea esta obra, reniega segura-
mente del catolicismo, por fanático que
sea.*

Granitos de oro

Serán servidos esta semana.

Como ya hemos dicho, se
cortan, se mojan y se pegan en
en todos aquellos sitios donde
se sospeche que puede arran-
carse un alma de las garras de
Satanás.

Cada pliego de "Granitos"
contiene 16; y cada "cinco"
pliegos cuestan "diez" cénti-
mos.

La verdad en su punto

Se han empeñado los clericales en hacerme creer que soy un hombre extraordinario. En sus sermones, en sus mítins, en sus periódicos aseguran que se han confabulado los masones y los radicales de Europa y América para hacer el último esfuerzo contra la Iglesia, que han reunido fondos cuantiosos, y que me los remiten para la propaganda que estoy haciendo.

Después de exclamar con el poeta:

...¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

porque apenas haría yo cosas grandes en estos momentos teniendo barro á mano, comparezco y digo:

Me enorgullece que tal digan, pero me creo en el deber de desmentirlo, para no verme obligado mañana á compartir con nadie la gloria que pueda alcanzarse en tal empresa; la quiero para mí toda entera.

No, clericales, no. Ni la masonería universal, ni la nacional siquiera, ni cent o radical ninguno, ni partido, ni persona determinada (salvo una de Madrid, que al comenzar me envió cincuenta pesetas, y otra de Vill Franca del Viento, que me mandó veinticinco) son cómplices míos en esta propaganda. Tengo el honor de hacerla yo solito.

Los únicos que me han ayudado y me ayudan, son los lectores de *El Motin* que toman lil ros á bajo precio y los que adquieren *Hojitas* y *Folletos*; sin ellos sería imposible continuarla.

Al principio, viendo que vendía *cien mil* de las primeras y *quince mil* de los segundos, escribí un artículo entusiasta cantando un himno á la resurrección del anticlericalismo; era realmente una venta enorme comparada con la de otros tiempos: *dos mil* ejemplares de folletos tiraba en 1897 y 98, y tardaba tres ó cuatro años en venderlos.

Pero, aquí en confianza, y teniendo en cuenta que estamos ahora en el período álgido del problema clerical, que no transcurre día sin mitin ni semana sin manifestación, que la prensa no habla más que de este asunto, y que el pasar por clerical va siendo lo que siempre debió ser, una deshonra, esa venta, la verdad, resulta mezquina, irrisoria... Y hablo con este comedimiento, por ser yo el que hace la labor esa, que si no...

Hay quien supone (sin fijarse en el precio que pongo á *Folletos* y *Hojitas*) que voy camino de la fortuna en automóvil de sesenta frailes (vulgo caballos), y debo desmentirlo con tiempo, para que nadie pueda mañana hacerme un cargo por lo poco que hago hoy.

Bien mirado, no debe extrañarme que los clericales creyeran todo eso que dicen: acostumbrados á gastarse miles de duros en propagandas anodinas ó estúpidas, no comprenden que con cuatro ochavos se haga una tan eficaz é inteligente.

Quedamos, pues, en lo dicho: en que el esfuerzo de un solo hombre, el mío, aturde á los clericales, y excita su indignación, y produce su rabia, y que sólo tienen dos medios para librarse de mí: comprar un católico ferviente de la clase de asesinos (que abundan en la clase) para que me deje seco de una puñalada ó de un tiro, ó pedirle al que llaman Dios de bondad y justicia que me *finquite* cuanto antes, pues ya deben estar convencidos de que sus injurias me distraen, sus calumnias me regocijan, sus anatemas me encantan y sus excomuniones prolongan mi vida.

¿Que cuál de esas dos soluciones preferiría yo, para anticipar el momento inefable de verme postrado á las exel-sas plantas de mi amo y señor don Satanás, primero y último?

El asesinato; ¿qué duda tiene? De este modo tendría la seguridad de servir á los clericales hasta después de muerto. ¡Sin frailes y curas que entrarían en el cielo por las puertas del martirio, el día que el pueblo encontrara ocasión de vengar mi muerte!

Este párrafo, con que termino, dará á los clericales idea exacta de cómo soy, y que en nada me parezco á ellos; hasta después de dejar este misero valle de lágrimas quisiera que tuviesen algo que agradecerme.

Broma sangrienta

Habiéndose presentado en el Hospital de Murcia el tifus exantemático y no reuniendo condiciones el edificio para aislar á los enfermos, los socialistas se han dirigido al obispo, proponiéndole que ofrezca al pueblo los espaciosos salones que en el palacio episcopal haya desocupados, y habilite de paso el palacio de Santa Catalina del Monte.

¡Valientes guasones! ¡Pedirle á un obispo que haga una obra de caridad, y menos hablándole en nombre de Cristóbal Es exponerse á que les conteste:

«¿Y qué tengo yo que ver con ese señor? Y la prueba de que no tengo que ver, está en el hecho mismo de vivir en este palacio que ustedes quisieran que cediese á los pobres.»

¿Y qué podrían contestar á esto los socialistas de Murcia? Ni una palabra.

Lo imposible de alcanzar no debe nunca solicitarse, como no sea con la piadosa intención que lo han hecho ellos: poner en evidencia á su *bisbe*.

¡Pero qué graciosos!

Me refiero á los protestantes.

¡Pues no han tomado en serio que en España representan algo, y que tienen prosélitos y que son diferentes de los curas católicos!

Claro que esto lo dicen en público, para que se enteren los pocos infelices que, habiendo oído que al hombre le es necesaria una religión, se arrimaron á

esa cuando se separaron del catolicismo, por no tener á mano otra; mas de seguro no hay un pastor evangélico que crea lo que dice mirándose al espejo. ¡Menuda calcajada solitaria!

El protestantismo en España no es más que un *modus vivendi*, para unos cuantos caballeros que viven perfectamente, ya *obispeando*, ya *pastoreando*, á costa de esas Sociedades de propaganda á las que les han hecho creer que aquí van reclutando adeptos.

A esas Sociedades bíblicas les sucede con los protestantes en España, lo que á España con los misioneros que mandó á Marruecos á convertir infieles: se gasta un dineral en mantenerlos allí, para que cada diez ó doce años anuncien pomposamente que han convertido un moro; lo que á veces no es cierto.

Si fuera posible calcular el dinero que han enviado á España esas Sociedades y dividirlo por el número de convertidos, probablemente veríamos que cada uno les había salido por cinco ó seis mil duros á las Sociedades bíblicas. No recibidos por él, sino por sus cazadores.

Si se contentaran con eso, allá se las hubieran; cada cual es dueño de buscarse el panecillo con el menor trabajo posible; pero desde el momento que se atreven ya á intervenir en nuestras luchas arrimando el ascua á su sardina, creo que los impíos debemos decirles: «Tan bonito es Enero como Febrero.» Y si nos apuran mucho, añadir: «Entre Calvino y Torquemada, nos quedaríamos con Calvino.» (Si se tratara de ahorcar al uno antes que al otro.) Porque Calvino es más traidor, más cruel y más miserable que Torquemada.

Todos estos señores que abrazan el oficio de acarrear almas al cielo son de la misma condición, pertenezcan á esta religión ó aquella, y se preocupan de lo mismo: vivir bien. Si hay alguna diferencia en los procedimientos que emplean, no es porque exista realmente entre ellos, sino por el grado de civilización de los pueblos sobre que viven.

En suma, que tan bueno es Juan como Pedro. Todos ofrecen Para sís que nadie ve, por dinero que todos tocan. Si se les aplicara el artículo que pena á los que trafican con valores imaginarios, ni uno estaría en libertad.

Pero dejemos esto, pues para mí no merecen los protestantes ser tratados en España de otro modo que en broma, y terminemos por hoy con este pensamiento que pinta á unos y otros.

A cada uno lo suyo. Y hasta otro rato.

La lucha (que no existe) del catolicismo y el protestantismo en España, es solamente una lucha de tenderos.

«NO VAYÁIS AL COMERCIO

DE ENFRENTA Á QUE OS ROBEN.

¡Venid á éste!»

Pero, no; ni esto siquiera. El protestantismo está en este punto tan por bajo del catolicismo, como un zapatero de portal con la mejor zapatería de Madrid.

¡SÓLO PARA HOMBRES!

SICALIPSIS
MONASTICA

XI

Cupido y Diana en el convento

¡Ay, morrongo
qué cortito! ¡Así me lo ponga!
(Sor Sicalipsis en el «Género Infimo».)

¡Ese Valencina es terrible, es inagotable! Me recuerda un famoso charlatán *hijo del Corazón de María*, el cual charlaba tan predicó sesenta sermones de Botánica pródica, comparando en cada uno la Virgen a una flor. E todos sermones fueron luego impresos. Allí es de oír hablar de estílos, pistilos, estigmas, calic s y estambres; la bribonería mística le inspiraba una extavagante psicología botánica que para sí querían los naturalistas.

Hemos visto al capuchino esforzarse por se tirse pa o na, oveja y flor, y siempre hembra, y siempre tratando de buscar la fisiología de los amores de las hembras. También hemos visto cómo al sentirse hembra flor, hace de su amante un sol; al sentirse oveja, hácelo pastor; al sentirse paloma, hacelo pichón...

Año a nos va a presentar un nuevo amor: Jesús se ha metido en el cuerpo de un Cupido endiabrado, jugando al tiro de pichón y flechando corazones. La monja se sienta corzo. El amante padece la manía del sport venatorio.

Oiganos al provincial:

O zar almas es para El uno de los entes inmenos más agradables, uno de sus más gratos empleos.

A veces las atrae con dulce reclamo las engolosina con el cebo y las prende en las redes y en los lazos suavísimos del amor. De esa manera me cazó a mí.

Yo vivía en el bosque enmarañado de la humana miseria, como vive el corzo alegre y ufano en la espesura de la selva. Allí andaba expuesta a ser devorada por el lobo infernal, cuando comencé a sentir las nefables delicias, y los blandos reclamos con que el cazador me llamaba, para aprisionarme en los lazos de su amor. ¡Y qué reclamos!

¿Quién podía resistir la atracción poderosa de reclamo? Menester era no tener corazón, ó tenerlo de bronce, para no ablandarse ni dejarse arrastrar hacia el foco del amor, hacia ese centro de los corazones.

Y me dió a variar como la hoja es llevada por el viento; y corrí, como las aguas corren hacia abajo; y encontré mi centro como el pez lo tiene en el mar; y me fui a resaca en las reles del divino amor, sin saber cómo había entrado en ellas.

A otras las coge el cazador de diferente manera; sabio en su oficio, se esconde en su puesto, espera que ellas se le acerquen, y cuando se ponen a tiro, dispara el dardo encendido de su amor, que hiere al alma y la hacen caer rendida a los pies del cazador, confesándose voluntariamente presas de Aquel,

que tan divinamente se apodera de ellas.

Cuando aquella tórtola amante, que se llamó Teresa de Jesús, fué herida de esta suerte por las flechas del divino cazador, cayó a sus pies desfallecida de gozo, arrullándole como paloma enamorada y llenando los aires con los ecos suavísimos de este cantar verdaderamente seráfico:

Cuando el dulce cazador,
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída;
y, cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi amado.

Cazador. ¿Por qué no hace blanco en mi corazón una de esas flechas con que tú hieres a las almas? ¿Por qué no me penetra uno de esos dardos que, en vez de matar, dan nueva vida? ¿Por qué no soy víctima de aguda saeta, disparada por tu mano. ¡para abrasar mi alma en incendios de amores? ¡.....! ¡Ah! ¿Ben lo sé! Esa dicha reservada para las palomas. Yo quisiera contar. Yo quisiera más: quisiera no poder vivir sin tus amores, ¡como los ojos no pueden ver sin luz, ni los pulmones respirar sin aire; quisiera arder en el mismo fuego en que te abrasas y que una saeta tuya me a ravasara el corazón de parte a parte.

Tú bien ¡mío, eres fuego! que todo lo abrasa y purifica; enciende y aísla al alma mía, purifícala de su escoria y consume en ella todo lo que a ti te desagrada. Ya soy tuya, cazador, ¡porque me has cogido en el lazo de tu amor; presa tuya soy porque me has cazado con las saetas de tu aljaba. A tus pies estoy, pidiéndote, no que cures las llagas que me has hecho, sino que las abondes más, porque esas llagas son heridas de salud y vida.

Comentario

A este tenor podemos discurrir que el tema es inagotable. Los esquimales, en vez de llamar a Cristo *cordero de Dios*, le llaman *joca de Dios*; los chinos le presentan con coleta; los filipinos, mulato; los alemanes, rubio y sonrosado; los meridionales, delgado de cintura, moreno y alto. Hay Cristos con bucles rizaditos; los hay barbilampiños; á nadie, sin embargo, se le ha ocurrido imaginarlo con la barriga de fraile, con la zalamería de sacristán ni con la gazonería de jesuita.

Valencina deja indicados los temas. Un día la monja se siente gallina y el amante será el divino gallo; otro día lo imaginara torero y ella se sentirá vaca bravia; y luego vendrán los amores acuáticos del barbo y de la trucha; y así el tema resulta infinito y el fraile puede escribir tantos capítulos de amor cuantas fuesen las *parejas amorosas* del Arca Santa de Noé.

Y luego vendrán los amores mitológicos, los de Mizifuf y Zapirón, y todos podrá irlos comentando y glosando a este modo, por ejemplo:

El morrongo místico

«¿Do estás Miula de mis entretelas, que no respondes cuando yo mayo? Es

que estás malito y se realiza en ti la visión del profeta:

E-taba el señor don Gato, ¡miau, miau!
en silla de oro sentado, ¡miau, miau!
con una gata morena, ¡miau, miau!
tenía doscientos años... ¡Miau, marramiau!

«Esa era dicha, la de la gata morena... ¡Doscientos años de amor! Y cuánto sufriría la enamorada gata al ver ponerse malo su gato, sin que supieran adivinarlo los doscientos médicos de que habla este cantar, uno de los más deliciosos cantares... Mas yo, gatita casquivana, en vez de estar al ladito tuyo lamándote el enmarañado pelo y limpiándote las santas uñas, ¡oh, soberano cazador de almas ratoniles!; yo, infiel é ingrata y olvidada de aquellos deliquios nocturnos que pusieron en alboroto la vecindad; yo, desvergonzada, me fui por te ados y picos pardos á correrla con los miserables tiñosos del barrio... Sobre todo con

el gatito madrileño,
que es un pillo de una vez,
me pidió que á su tejado
me subiera yo con él...

¡Pobre padre Valencina! *Nihil novum sub sole*. Hasta en eso de sentirse bestias los enamorados, le ganan por mano los sicalípticos del género infimo.

Pero confieso que eso de la monja-corzo, tiene su mérito místico.

Y más simbólico habría sido el cuadro, si en vez de corzo la hace sentirse raposa. Los amores entre zorros deben ser verdaderamente eremiticos.

Vaya componiendo títulos el provincial; eso de «reverenda Madre Corzo, venerable Sor Oveja y hermana Paloma» son títulos deliciosos. ¡Cosas de la Mística-barbuda!

La paloma arrulla; la oveja bala; la corza ¿qué?... pues la corza capuchinea.

Una observación se presenta al curioso lector: el fraile enseña á la monja á sentir el amante como sol que calienta la corola de la flor, como cazador que hiere dulcemente al corzo, como palomo que arrulla á su pareja, como médico y como enfermo, como muerto chorreando sangre embriagadora; se lo presenta bajo todas las formas imaginables menos como fraile, como obispo ó como papa, que son los tipos más próximos. ¿Cuál será la causa de este silencio? Sencillamente debe ser que el amor frailuno es el amor monstruoso de cabeza de mujer, cerviz de caballo, cuerpo de cabrito y cola de besugo.

¿O será que ese amor frailuno se da á conocer á la monja prácticamente y no necesita de explicaciones teóricas? Esto debe ser: el amor-vicario de todos los amores. Según que el amor brujesco de la monja la convierte en oveja, en corzo, en paloma, etc., el fraile se hace raposo, carnero y gavián.

La monja no se siente leona. ¡Es una lástima! Ni se siente jabalí, lo cual es otra lástima, pues podría terminar el capítulo con este epicedio:

Aquí murió un jabalí á manos de una deidad; muriera de vanidad si otra vez volviera en sí; el cazador que por aquí en busca de feras vas, vuelve los pasos atrás que no hay ya ni una con vida: ésta murió de la heida y de envidia las demás.

Y aquí termina la parte fantástica del libro de Valencia; en adelante vamos á ver la realidad de la vida conventual, en la cual la poesía mística se transforma en prosa horrible y en locura espantable.

La lámina de este capítulo es formidable y verdaderamente morrunga. *Meninas* al zagalillo á que les acaricie la pluma muy fina... ¡Y qué ojitos y qué posturita me pone el zagalillo cantando el «¡qué fina, qué fina!»

De los consuelos espirituales.—Que transforma y vivifica.—Las santas inspiraciones.—De las almas.—A la mía.—Místicos.—Divino.—Tan divino.—Hacia el Dios de la Encarnación.—Alí.—Divino.—Las saetas suavísimas de su ardiente caridad.—Divino.—Celestial.—Santas?—Omnipotente.—Divino.—¿Para qué las almas á ti consagradas no están.—Flechas de tu infinito amor?—Encarnaciones.—Jesús.—Natural.—Divino.—Eterna.

S. PEY ORDEIX

¡Para ellas!

Los que no tenemos iglesias ni cobramos por exponer nuestras opiniones.

Los que no confesamos á nadie con el fin de sacarle dinero.

Los que buscamos el bien ajeno sin recompensa a guna.

Los que no gravamos el presupuesto de la nación para lucro propio.

Los que no obligamos por el tormento inquisitorial á que se someta por la fuerza bruta todo el que no quiera creer lo que decimos.

Los que, en fin, no acaparamos el dinero que otros ganan trabajando, prevaleciéndonos de engaños, mentiras, farsas, hipocresías, fomentando ignorancias y alentando fanatismos.

Nosotros os decimos:

La Iglesia es la ruina moral y material de la mujer.

En ella no aprende sino á ser supersticiosa.

No es un freno social, es lo contrario: el desenfreno de todas las debilidades humanas.

No enseña, embrutece.

No redime, esclaviza.

No forma ni el carácter, ni el criterio, ni la lógica de quien la frecuenta; al revés: deforma el carácter, turba el criterio, atrofia la razón, porque su base es la explotación descarada; porque por medio del terror á lo invisible hace seres ignorantes, de los que se aprovecha una vez reducidos á ese miserable estado.

El dios de la mujer debe ser su honor.

¿Se necesita ir á la iglesia para ser honrada?

Su fanatismo, el deber; su templo, el hogar; su confesor, el padre, la madre, el esposo. El mal y el breviario deben ser sustituidos por un tratado de moral y una aguja.

Los secretos de la conciencia de la mujer deben ser sólo y exclusivamente de ella misma y de nadie más. Nadie tiene derecho á arrancarle sus secretos.

Su religión debe concretarse á hacer el bien á los suyos, y á los demás.

Para conseguir estos dones, propios del ser superior y elevado, la mujer no necesita ir á doblar su rodilla ante un hombre que generalmente es más digno de un grilete que de vivir en sociedad con seres honrados.

La mujer gana mucho con abandonar la iglesia, á la que suele ir atraída por una fuerza que la arrastra á satisfacer algo que ella misma no se explica y que en la generalidad de los casos suele ser simplemente ceguera ó vanidad, según la edad y la condición.

La mujer debe luchar por su emancipación material y moral; tiene derecho á ello por su condición de ser humano; pero á veces debe proponerse una ilustración capaz de hacerla ver sin antiparras celestes, la claridad de la luz que hace perder el temor á las sombras.

Así la mujer tendrá derecho á declararse libre como el hombre, y ayudarle á formar un hogar digno, en el que la voz del cénit ardiendo en pasiones lujuriosas no pueda ser escuchada.

¡Frailes! ¡Frailes!

Lo mismo que en las corridas de toros se piden ¡caballo! ¡caballo!, así las damas de san no se cansan de esta villa piden ¡frailes! ¡frailes!

He leído en un papelucho neo de esa corte, que las citadas protegen contra la reducción de las órdenes monacales, ó lo que es igual, quieren más frailes. Hacen bien. Yo haría lo mismo; digo, lo mismo no; yo pediría ¡monjas! ¡monjas!, pero bonitas. Hay que distinguir.

Yo, anticlerical furibundo respecto de aquellos que se visten en faldas sin volantes, se me cae la baba en cuanto me veo en presencia de una toca: soy débil, lo confieso, y desde hoy me decido á ser el mayor defensor de las que las usan.

(Advertencia, y que ellas me perdonen; las feas pueden retirarse; no hago más que á todas guapas.)

Por otra parte no me extraña que estas damas pidan frailes. ¿Qué van á pedir las pobrecitas?

Supongo formada esta asociación por solteronas feas y viejas, y por viuditas de todas edades; y me explico la tal petición. ¡Ay! ¡Un fraile, cuando no se tiene marido, nos sue e consolar tanto!... dirán ellas y con razón.

Así, pues, mis respetables damas, me atrevo á aconsejarles que si no se deciden á pedir con claridad un marido, pidan á voz en grito la libre introducción del fraile, pero no molesten al señor Canalejas con sus sandias prote-

tas, pues este señor no les ha de proporcionar jamás un hombre, que es lo que á ustedes les hace falta, bien sea fraile, ó bien seglar.

Las bendice

FRAY BERRIOCHOA

Durango, 3 Julio 1910.

Las mujeres y la Iglesia

Mientras unas cuantas mujeres de Madrid, pertenecientes al grupo llamado aristocrático, acuden al gobierno español reclamando la continuación del fraile como necesario á su sexo, en la República Argentina acaba de fundarse una revista por la Liga de mujeres librepensadoras. Intitúlase *La Nueva Mujer*. Es directa, María Abella Ramírez, y subdirectora la señorita Juana Lanteri doctora en medicina.

En estos dos hechos quedan retratadas la mujer sabia, con el lema de *Jabzjo el fraile*, y la mujer necia con este otro: *frailes y danzas*.

Memorias de un jesuíta

Un triunfo mío

El matrimonio había que hacerlo á todo trance. Lo desaban los padres de ella, los padres de él y los padres de... la Compañía de Jesús.

Se trataba de que un Luis de los más fervorosos y sumisos casara con una joven poseedora de no ínfimo título de condesa y opulenta fortuna de veinte millones de pesetas. Iba, pues, á formarse un hogar que vendría á ser sucursal de la residencia de la calle de la Flor; pero suculsa con veinte millones contantes y sonantes. El asunto merecía toda la atención, el talento y los manejos de que pudiera disponer los jesuitas, desprendidos, no obstante, del interés humano y atentos sólo á proporcionar la mayor gloria de Dios.

Era el novio un muchacho de unos veintidós años, ligado hasta lo inverosímil, un poco encorvado á causa de su debilidad extrema; el rostro, huesudo y amarillo, completamente cubierto de granos; los ojos grises y sin vida, rodeados de círculo morado; el cuello, tan tenue, que parecía aambre que sostuviera la enorme cabeza de raquíptico, y todo el aspecto de un valetudinario sin sangre, sin juventud y sin belleza. En lo moral, Pepito había abdicado de su propio querer y sentir, para adoptar la voluntad y el juicio del padre Sanz.

La futura era muchacha viva y avisada; de ojos rascado y negros, reveladores de grandes pasiones; cara graciosa y simpática, si no hermosa; pelo naturalmente ondeado, que artísticamente coronaba la cabeza; busto espléndido y airosa figura, que con madriño desenfado movía los pliegues de la falda ó se envolvía en elegante manteleta.

La boda estaba concertada; todos anhelaban que llegara la fecha del enlace y, sin embargo, esa fecha se iba siem-

alejando y no parecía sino que era alguno de los oasis que la imaginación ó el espejismo mienten en las grises arenas del desierto. La causa no era otra más que la voluntad de la muchacha. — «Todavía es pronto; somos muy jóvenes; ¿qué prisa corre?» Estas eran las frases que de continuo pronunciaba la joven condesa. Una resistencia pasiva, pero tan fuerte, que no se hallaba medio de vencerla.

Sabíase que andaba de por medio un apuesto doncel muy del gusto de la rica heredera, y esto hacía que todos los que la boda deseábamos estuviéramos en aguas.

De repente, y cuando todo parecía perdido, un padre de los nuestros dice:

—El padre Gil Blas, que tiene grande influencia en la casa, puede vencer la resistencia de la condesita en cinco minutos de conferencia.

—¿Cómo?—pregunté yo inmediatamente.

—Haciendo lo que yo le diré á usted luego á su casa.

—Vamos á mi cuarto, que ardo en deseos de conocer esta maravilla.

—Vamos cuando usted quiera.

Fuímo: á mi aposento; oí el consejo del letrado que era ya veterano.

—Me ha por el balcón;—exclamé—es imposible que pueda decir á una muchacha deciente.

—No sea usted cándido, hombre, no sea usted cándido; eso se dice y no pasa nada, sino lograr lo que deseamos.

—Yo no me atrevo.

—Atrévase sin miedo ninguno.

—Además, esa mujer no va á tener ya fe ni piedad en su vida.

—Al contrario; le cobrará á usted un afecto entrañable.

—¿Acepta usted la responsabilidad del paso que voy á dar?

—Sin inconveniente ninguno.

—Nada, pues me voy allá; estoy completamente decidido.

Y allá fui, y todo salió como el padre había previsto, y la boda se anunció para dentro de quince días con dispensa de amonestaciones.

Montecristo llenó dos columnas de *El Imparcial* describiendo las galas de la novia y ésta se presentó realmente espléndida el día de la solemne ceremonia. Rozado el rubio pelo y de deslumbradora diadema de perlas y brillantes circundado; el velo blanco de desposada era de céfiro sencillez, pero tan amplio y vaporoso, que flotante nube semejaba el traje, de raro color hueso, era una maravilla de bordados que hechos por mano de hadas parecían; en el hombro izquierdo, un gran ramo simbólico y natural azahar estaba prendido, y la cola de la falda arrastrábase por tapices y alfombras deshaciéndose en artísticos pliegues y cascadas.

Todo fué alegrías y parabienes.

Yo estaba espantado de mi obra, y sin querer acordábase de mi honrada madre, tan intransigente con todo lo que á la sombra de una inmoralidad se pareciese.

Porque el secreto del triunfo consistía en que la víspera de la boda, yo mismo presenté en casa de la condesa, haciendo de él mil elogios y recomendaciones, al apuesto doncel tan del gusto de la opulenta y bella condesita.

GIL BLAS DE SANTILLANA

ACERTIJOS

- ¿Qué es la religión?
—Una sociedad anónima en la cual los accionistas jamás cobran dividendos.
¿Qué es una iglesia?
—El banco hipotecario de las conciencias.
¿Qué es una sotana?
—El *affiche* de los grandes fumadores tratado al carbón.
¿Qué es una tiara?
—Un congreso de piedras preciosas.
¿Qué es la campana?
—Un idiota que habla por señas.
¿Qué es la cruz?
—El único sitio donde las leyes no prohíben el desnudo.
¿Qué es un semón?
—Un cántaro boca abajo.
¿Qué es un rosario?
—Una procesión de botones.
¿Qué es el bautismo?
—Una marca que no está registrada.
¿Qué es la pila?
—El lavatorio de los ignorantes.
¿Qué es un cirio?
—Una vela elevada á la quinta potencia.
¿Qué es un sacristán?
—Un virtuoso en el instrumento de una cuerda (la campana).
¿Qué es el confesonario?
—El monte de piedad de la honra.
¿Qué es la tonsura?
—El círculo de la muerte.
¿Qué es la excomunión?
—Un ojo de vidrio.
¿Y la bendición?
—El purgante del alma de los necios.
¿Qué es un devoto?
—Un cliente con libreta en el almancen del clero.
¿Qué es una devota?
—La llave de fã del piano; no toca, pero acompaña.
¿Qué es una estampa?
—Una tarjeta que da la Iglesia á los clientes para que no olviden la casa.
¿Qué es la misa?
—Un pretexto que buscan los curas para no reirse á solas.
¿Qué es la limosna?
—Un clavo con dos cabezas.
¿Qué es una plegaria?
—Una manera disimulada de manifestar disconformidad.

WALTER BRACH

EN ROMA

Desde el Papa hasta el último sacristán de la ciudad santa, no hay un solo hombre con faldas que no vomite serpientes y alacranes contra los que defendemos la secularización del Estado.

Esa tropa sente un odio implacable contra toda reforma, sobre todo si con ella se pretende sacarles las manos del bolsillo del prójimo, costumbre que tienen hace dos mil años.

¡Dos mil años! ¡Fíjole! ¡Y aún les parece que han explotado poco! ¿A qué raza de mamíferos pertenece esta gente cuando creen que aún no han chupado bastante? ¿O es que quieren vivir otros veinte siglos como parásitos?

Pero, ¿no se dan cuenta que á estas

alturas casi nadie cree de verdad en la vida de arriba, y que sin poder temporal, sin moralidad y sin fuerza, no es posible la reacción?

Si el clero hubiera sido más humano, más tolerante, tendría derecho á exigir que se le guardara una consideración relativa por los beneficios que entonces habría prestado, á pesar de sus mentiras y de sus falsedades.

¿No ha querido serlo? Pues no espere consideración alguna.

Hay que imponer la *higiene* en las casas conventuales. Hay que barrer, hay que desinfectarlas.

Mal que les pese, ya ha empezado á funcionar la escoba.

Y se barrerá todo lo que debe barrerse. ¡Ya lo creo que se barrerá!

Del natural (DRAMITAS EFIMEROS)

Lo inmoral

(Salón-despacho en casa del diputado D. José X... que aparece sentado ante su mesa-escritorio. Frente á éste, y en amplio sillón, descansa su rechoncha humanidad el P. BENIGNO, un sacerdote de plétoricos mofletes y ojos diminutos, brilladores, de mirada clínica, excrutadora, penetrante... Reclinada en un sofá cercano. D^a. EDUVIGES, esposa del primero.)

ESCENA PRIMERA

P. BENIGNO.—Es necesario tener un poco de juicio. D. José. Usted es muy joven todavía, y uno de los diputados que por su seriedad, su rectitud, su talento y su elocuencia, goza de generales simpatías, consideraciones y respetos. Y no es creíble que cometa usted la candidez de aborren contra de su brillante porvenir político, defendiendo en el Congreso ese maldonado proyecto de ley en favor de la enseñanza laica. Eso es un absurdo, un despropósito, y si usted quiere prosperar tiene que venir á nuestro campo...

D. JOSÉ.—Estoy comprometido y...

P. BENIGNO.—Los compromisos se quebrantan.

D. JOSÉ.—Es compromiso con mi propia conciencia.

P. BENIGNO.—Facilísimo de quebrantar en tal caso...

D. JOSÉ.—¿Y mis convicciones, mi seriedad, mi rectitud?...

P. BENIGNO.—¡Palabras!... ¡Palabras!... Lo serio, lo recto, lo justo, lo digno, es defender la ley de Dios y las sabias doctrinas de nuestra Santa Madre Iglesia; evitar que los niños vayan á pervertir sus conciencias en esos antros de perdición, recibiendo una educación pernicioso, de ideas disolventes, con libros de texto inmorales, pornográficos...

D. JOSÉ.—P. Benigno; usted desatina. Le escucho á usted por respeto. La más pura moralidad reina dentro de esas escuelas donde se educa convenientemente á la niñez y se le da la instrucción amplia y necesaria para hacer digno papel dentro de la sociedad en que se vive. No se atrofian sus cerebros con doctrinas absurdas, ilógicas, llenas de supersticiones y temores á lo sobrenatural, pero se les enseña todo lo útil para la vida y á que sean buenos y honrados, incluíndoles el santo amor á la humanidad y al bien.

P. BENIGNO.—¡Palabras!... ¡Palabras!... En centros donde no hay Dios ni Religión, no puede existir bondad ni moralidad. Demasiado convengo en estar á usted de ello cuando tiene á sus dos hijitas en el «Colegio del Sagrado Corazón de Jesús».

D. JOSÉ.—Eso es cosa de mi esposa, á cuyo cuidado he querido dejar la educación de nuestros hijos...

ESCENA II

(Aparecen, risueñas y alegres, AURORA—preciosa—ocurrencia de quince primaveras,—y LUPITA—encantadora niña de siete abriles,—que regresan del colegio. Ambas abrazan y besan ocosos á sus padres. Lupita besa la mano al P. Benigno, mientras Aurora lo saluda fríamente con una ligera inclinación de cabeza.)

AURORA.—Mira, mamáita; hoy terminé el bordado de tu edredón.

D. EDUVIGES.—(Examinando la prenda.) ¡Qué bonito! Gracias. ¡Jita. ¿Y tú (dirigiéndose á Lupita) te has sabido la lección?

LUPITA.—Toda, todita mamá.

P. BENIGNO.—(Con afectada sonrisa y afabilidad.) ¡Sí; ya me han dicho que eres muy aplicada. Así me gusta. Y de catecismo, ¿cómo andamos? ¿sabes ya mucho?

LUPITA.—Sí, señor. Hoy me tocaron los mandamientos. Los sé todos; verá. (Canturreando la lección.) El primero, amar á Dios sobre todas las cosas; el segundo, no jurar su santo nombre en vano; el tercero, santificar las fiestas; el cuarto, honrar padre y madre; el quinto, no matar; el sexto, no fornicar; el... (Suspende de improviso el canturreo y se vuelve rápidamente preguntando á D. Eduviges.) Mamaita: ¿qué cosa es fornicar? Como yo no sé lo que quiere decir, se lo pregunté á Maruja, por ser la niña más grande y más lista del colegio; pero ella se echó á reír y me dijo que yo era muy chica todavía para saber eso, y que ya me lo diría el confesor cuando fuese más crecida. (Con salamería.) ¡Yo quiero saberlo, mamáita!

AURORA.—No te apures, Lupe; ya lo sabrás cuando seas mayor, como te lo dijo Maruja, como lo supo ella, como lo supe yo...

D. JOSÉ.—(Vivamente.) ¿Eh? ¿Eh? ¿Cómo? ¿Cómo?...

AURORA.—No te alarmes, papaito. Verás. Ya que tú me enseñas á que sea franca y sincera, no has de incomodarme, ni reñirme porque os cuento cómo he llegado á saber... eso. Cuando yo era pequeña y me puse á estudiar el catecismo, también, como á Lupita, me llamó la atención el extraño vocablo, y también, como ella, hice la misma pregunta á otra muchacha mayor, obteniendo idéntica respuesta y análoga enigmática sonrisa. Es lo que les sucede á todas. Las evasivas á que recurren las maestras rehuyen lo dar una explicación, y la sonrisita burlona y maliciosa con que las muchachas grandecitas acogen esa ingenua pregunta de las niñas pequeñas, avivan más aún el deseo de aclarar el misterio que encubre la, para nosotras, incomprensible palabra, cuyo afán por descubrir su significado llega á ser desesperante. Cuando, ya mayorcita, fui á confesar por primera vez, iba resuelta, alegre, decidida, impaciente, por saber, al fin, de labios del confesor, lo que quería decir... eso. Sin embargo, un vago temor me contuvo y no me atreví á formular la pregunta. Observé que las personas mayores se confesaban por las rejillas laterales, mientras que á las pequeñas se nos hacía entrar en el confesonario, y me dije: «Cuando crezca un poco más y me confiese por la rejilla, lo preguntaré y lo sabré». Después de varias confesiones, ya más familiarizada con ese acto y menos temerosa, me decidí. «Padre—repuse—sé que vos podéis hacerlo, ¿queréis explicarme lo que quiere decir esa palabra del sexto mandamiento?» Entonces, el buen sacerdote, con la más dulce afabilidad, sentándose sobre sus rodillas y acariciándome el rostro con su áspera mano, comenzó á darme una explicación... que yo, ciega de ira y ahogada por la vergüenza, corté inmediatamente preguntando con todas mis fuerzas un tremendo puñetazo en medio del pecho de aquel grosero padre de almas y huyendo de allí presurosa. Por no disgustaros, y por rubor, nunca os quise decir nada; pero desde entonces,—perdona, mamá,—cada vez que me llevas á confesar me impones un sacrificio inmenso, una tortura cruel... Tengo horror, adversion invencible, á la confesión.

(D. Eduviges, anonadada por la revelación terrible, guarda silencio. D. José, con forzada sonrisa, amarga, irónica, mira al P. Be-

nigno, quien, nervioso y rojo como la grana, se agita en su sillón sin atreverse á despegar los labios.)

D. JOSÉ.—(Imitando al P. Benigno.) ¡Palabras!... ¡Palabras!... (Sarcásticamente.) ¡Sublime!... ¡Ideal!... Ahí tenéis, P. Benigno, la enseñanza de vuestras escuelas católicas. Apenas penetra por sus umbrales una niña inocente, se mancilla su pureza de ángel poniendo en sus manos un libro inmoral, pornográfico, cuyas principales lecciones se le explican más tarde en el confesonario. ¡Edificatísimo! En las escuelas que yo defiendo, P. Benigno, podrá no haber religión, ni Dios, pero hay... lo que, por lo visto, no existe entre ustedes: moralidad.

P. BENIGNO.—(Balcuciente y en tono humilde.) Las instituciones más santas, no están libres de la instrucción del demonio. Y usted, señorita, por el prestigio de la sagrada religión de Jesús Nuestro Señor, debe callarse esas cosas. Eso ha sido sin duda obra del enemigo malo, tentación de Satanás, y tened presente que todo aquello que ocurre en el confesonario es—bajo pena de pecado mortal—secreto inviolable.

D. JOSÉ.—¡Secreto inviolable! Por eso se queda en el confesonario el secreto de todo género de violaciones. Dentro de aquellas cuatro tablas van á perderse muchas virgindades del alma... y del cuerpo.

P. BENIGNO.—D. José, por Dios, un poco de indulgencia. No debe juzgarse así de la santidad de una cosa, por un hecho lamentable, sí, pero aislado, único.—Sí hasta el Todopoderoso tuvo en su reino un ángel malo, ¿qué extraño es que en el clero—al fin cosa humana—se introduzca Luzbel en forma de hombre? Un influído por Satán, un malvado...

AURORA.—¿Un malvado? Eso digo yo desde entonces. Y cada vez que veo al sacerdote de mi caso, me dan ansias de gritar:—¡Ése es un malvado, un hipócrita, un cínico, un infame, un degenerado!...

D. JOSÉ.—¿Pero tú sabes quién es? ¿Lo conoces?...

AURORA.—No puedo callármelo. Os lo presento: el benignísimo P. Benigno.

(E tupefacción general. D. Eduviges oculta horrorizada el rostro entre sus manos. D. José mira iracundo al P. Benigno, y éste, temblando de cólera y de miedo, la frente sudorosa, los ojos relampagueantes y los mofletes encendidos, váse sin decir palabra, excitado, presuroso, lanzando bueyudos resoplidos por sus dilatadas fosas nasales de bestia inmundada, y moviendo con pesado esfuerzo su abdomen groseramente abotargado.)

D. JOSÉ.—(Con amarga ironía.) ¡Dios!... ¡Religión!... ¡Moralidad!... ¡Palabras!... ¡Palabras!... ¡Palabras!...

LUPITA.—(En voz baja á su hermana.) Aurorita; yo no se lo diré á nadie, pero, tú que lo sabes, dime ¿qué cosa es fornicar?...

ALFREDO NAN DE ALLARIZ

Habana, Junio de 1910.

Los alumnos del Papa

El día 22 de Junio háse abierto en Roma el juicio oral en el cual ha de verse y fallarse el asesinato del cura Constantino Constantini, cometido por otro cura, Alfredo Adorni, en el domicilio de aquél, con el sano propósito de robarle, según la acusación.

La muerte se descubrió después de varios días de verificada, merced al hedor que se percibía al pasar junto á la puerta del piso ocupado por el muerto en el núm. 2 de la vía del Arco della Chiesa Nuova.

El reo declara que le mató por quererle inducir y violentar á prácticas inmundas, puestas de moda en Europa

por la purísima corte papal y por el monaquismo.

Después se demostró y confesó el robo. Más tarde dijo haber sido víctima de un ataque furioso de avaricia.

Los médicos le han declarado medio responsable.

Ahí tienen los autores de las Hojitas piadosas, jesuíticas é impías, computado prácticamente con otro hecho ejemplar, que no es precisamente en las escuelas laicas donde esos monseñores aprendieron las «prácticas inmundas», el robo, el asesinato, la calumnia, la difamación y á matar curas.

Lecturas para el pueblo

Fanatismos incomprensibles

Vosotras, las humildes compañeras del obrero, las que enjugáis sus lágrimas y endulzáis sus perennes amarguras, llegad.

Vosotras, esposas del acomodado burgués, que con él comparáis las comodidades en fuerza de trabajos y privaciones adquiridas, veid.

Vosotras, las aristocráticas damas que con vuestros consortes disfrutáis las riquezas heredadas, escuchad.

Mujeres todas, que ajenas á vuestra redención camináis por el mundo llevando la ignorancia por compañera y al cura por guía, despertad.

Llegad, congregaos en el templo de la razón, y ante sus altares, despojaos de fanatismos que ahogan vuestras inteligencias y secan vuestros corazones.

Recapacitad, mujeres, sobre vuestra actual situación; sacudid el marasmo que enerva vuestras múltiples aptitudes; escuchad la voz del progreso; desdenad las conminaciones del fraile; burlos de las leyes de rutina; mirad sólo hacia vuestras casas, templos de dicha y fontana de alegría; y con la mirada puesta en tan altos ideales, id en cruzada á manumitir vuestra conciencia, á acrecentar el amor al hombre, á robustecer la fe en una humanidad nueva, que al encontraros redimidas os confiará las misiones más sacrosantas y en vosotras cifrará los ensueños más poéticos.

Desterrad, mujeres, de vuestros sencillos corazones el fanatismo que os inculcaron seres egoístas y perversos; observad, leed y medita.

¡Sí, pobres mujeres; limpiad vuestras almas del moho que las envuelve, del orín que las corrompe, de la roña, de la carcoma que las pudre, de esa tradición, de esa leyenda, de ese fanatismo y esa rutina que os conduce á las mayores aberraciones.

Nadie como vosotras debiera renegar de todas las religiones, porque en ninguna de ellas se os hace justicia ni se os considera como merecéis.

Examinad, examinad el articulado del código de todas las religiones y ved si en alguno de los infinitos que existen, desde el Corán á la Biblia, se os coloca en el puesto que os corresponde.

Sois en la Biblia siervas, en el serrallo odaliscas y ante Brahma víctimas.

Porque yo he leído algo de lo legislado acerca de la mujer en pueblos que de religiosos se precian, porque he vis-

to la indiferencia, cuando no la crueldad, con que os traen, por eso no comprendo que seáis fanáticos, que hagáis cruenta guerra á las ideas nuevas, que redención os brindan y amor os ofrecen; y menos aún comprendo que llevéis ofrendas y queméis inciensos ante los altares de religiones y sectas que nada por vosotras hicieron sino es injuriarlas.

Ni eso, repito, comprendo; ni concibo tampoco que atrofiéis, como lo venís ejecutando, las tiernas inteligencias de los hijos del hombre, que como madres educáis vertiendo en sus débiles cerebros las ideas funestas y erróneas en que comulgáis.

¡Oh, mujeres! Las que compráis sufragios para rescatar del Purgatorio las almas precisas de vuestros deudos; las que acudís al confesonario para que sacerdotes ignaros os aconsejen; las que camináis mascullando latines macarrónicos tras las procesiones; las que pasáis en el templo la mayor parte de vuestra vida con gran detrimento de vuestros deberes de esposas y madres y con notorio perjuicio del prosaico garbazo.

¡Oh, mujeres! Musas del poeta, diosas del hombre, encanto de la creación, flor la más preciada del humano jardín, olvidad el necio «cree y ora» del fanático, acoged el «piensa y trabaja» del filósofo; acordáos que

Lo mejor de la virgen fué ser madre,

lo más poético de Magdalena su amor, lo más hermoso de Judit su patriotismo, lo más sublime de Isabel I el desprendimiento de sus joyas, y lo más excelso de la reina de Hungría su caridad por no citaros más que nombres de católicas consagradas pues hay otras muchas que rivalizaron en esfuerzo y en bondad con las energías del varón y las justicias del filósofo, tales como Juana de Arco, Carlota Corday, la seráfica Concepción Arenal y la gran Luisa Michel. Mirad si es extenso el campo de vuestra acción para que os limitéis á servir de comparsa en comedias donde vuestra belleza se eclipsa y vuestra condición noble se anula. Si sois la madre del hombre ¿por qué resignaros á que el fraile os haga su esclava?

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo, Julio 1910.

Los tiempos cambian

Varios ilustrados colegas suelen invocar los actos de los antiguos reyes católicos españoles repeliendo á los Papas de sus tiempos, proponiéndolos como modelos de lo que ahora podría hacer el monarca sin menoscabo de la integridad de su catolicismo.

Estos compañeros no se fijan en que el catolicismo de aquellos tiempos es incompatible con el de los tiempos presentes. La Iglesia ha evolucionado y ha cambiado el concepto esencial de catolicismo, de donde resulta que el catolicismo clásico español está excomulgado por el catolicismo romano moderno.

Aquellos reyes pudieron hacer aquello y mucho más sosteniendo su título

de católicos; hoy no cabe eso: el Papa se ha entronizado en el endiosamiento. Cardenales, obispos, clero y pueblo fiel, no tienen voz ni voto ni personalidad alguna en lo de la Iglesia. Esta se ha declarado incompatible con la civilización moderna. La una ha de matar á la otra. Toda tregua y compostura será artificial. Podrán pactarse treguas efímeras, pero no paces perdurables.

Desde que el regalismo ha pasado á ser una herejía, el art. 11 de la Constitución significa para Roma que España está atada de pies y manos al arbitrio del Papa; que el rey, con sus ministros, ejércitos, tribunales y nacionales, no son más que oficiales de la Santa Hermandad, y brazo ciego, irreflexivo y brutal de la cabeza visible de la Iglesia.

Toda argucia es inútil. El Estado español no puede honradamente disputar nada al Papa mientras no se declare emancipado del catolicismo pontificio; no tiene más camino que someterse ciegamente, brutalmente y bestialmente: en esto consiste hoy el ser católico. Y está en su derecho el Papa al exigirlo así: á las bestias se les trata como bestias; y pues el Estado español, en el art. 11 de la Constitución se declara católico, ó sea irracional y antirracional, justo es que sea tratado irracionalmente. El católico no discute, sino que cree y obedece.

No hay más remedio: ó herrar ó quitar el banco. Ante el Derecho Pontificio, el rey no tiene prerrogativa alguna: lo más que puede pretender es indulgencia.

Pregunta y respuesta

Pregunta La Epoca:

«Cualquiera que sea el criterio con que se juzgue la intervención de las señoras católicas en la obra que en el terreno religioso está llevando á cabo el Gobierno, nos parece que á lo menos que tienen derecho es á que no se traspase cierto límite en el comentario de su actitud.

¿Es que los que no somos radicales no tenemos derecho á ejercitar nuestras prerrogativas de ciudadanos, sin exponernos á ser blanco de algo que es impropio de personas bien educadas? ¿Es que, por equivocada que se estime la conducta de esas señoras, no merecen respeto como damas?»

Responde EL MOTIN:

«Nos merecen el mismo respeto que al colega las damas radicales, las damas rojas y las desgraciadas á quienes la lujuria de los padres, hermanos y maridos de esas señoras han sumergido en el arroyo público.»

Ya ve el colega que somos espléndidos, pues en cuanto al mérito entre ambas clases, no puede dudar de que merecen algo más de la sociedad las segundas que las primeras.

Repase su colección y verá que no guardó siempre á las mujeres del pueblo el respeto que ahora reclama para las de la aristocracia.

Duelo bíblico

¡Compañera, esto es lo grande!
¡Igual que el cura católico
es el pastor protestante!

De un duelo á cuchillo acaba de ser teatro la iglesia anabaptista de Rock Creek, en Williamsbury, Estado de Kentucky, América del Norte.

El reverendo Roberto Vanover, sometido á un proceso, había sido reemplazado por su colega Isaac Perry, que ejercía sus funciones por vez primera en la cotidiana oración de la tarde.

Se presenta su antecesor en el templo, y es expulsado por los fieles; pero decidido á reconquistar el púlpito, vuelve al poco rato, cuando ya la oración había comenzado.

El reverendo Perry le sale impetuosamente al encuentro, acompañado de un primo suyo, y los dos clérigos vienen á las manos en la misma plataforma donde las palabras de paz entre los hombres resuenan diariamente.

De los puñetazos pasan á las cuchilladas, y al cabo de pocos instantes el reverendo Vanover cae exánime, con la garganta atravesada por el cuchillo.

Momento terrible de pánico.

La sangre sale á borbotones de la tremenda herida. Hace el sacerdote un supremo esfuerzo para levantarse, y cae rodando del púlpito, exhalando el último suspiro, mientras los fieles, horrorizados, abandonan la iglesia.

Los dos primos Perry fueron detenidos, asegurándose que el clérigo hundió el cuchillo en la garganta de su rival en tanto el otro le sujetaba impidiéndole defenderse.

El reverendo Vanover era muy conocido en el Estado de Kentucky.

Sus parientes, que han jurado vengarle, afirman que si el asesino no es condenado á la horca, ellos se encargarán de ejecutarlo.

No me extraña nada en ese suceso; la constante lectura de la Biblia conaturaliza al hombre con la idea de la venganza, la sangre, el exterminio y toda suerte de atrocidades y crímenes.

Hay en ella tantos ejemplos de traiciones, felonías, homicidios, asesinatos y destrucción de pueblos enteros, como de robos y devoluciones, como de actos de lujuria en sus diversos matices, desde el estupro á la sodomía.

Hasta tal punto, que al acabar de leer cualquiera de sus capítulos, «de buena me libré no naciendo en aquellos tiempos en que Jehová departía á menudo con el hombre», exclama temblando el lector más valiente.

Por esto, repito, no me extraña que el reverendo Perry le introdujese al reverendo Vanover el cuchillo en el tubo por donde recitaba los versículos.

Con esta fecha escribo á los Estados Unidos para que me digan si el cuchillo descendía en línea recta del que quiso emplear el venerable Abraham para seccionar la yugular á su pequeño Isacquito, ó del que usó la valerosa Judic para rebanarle la cabeza al tío Holofernes.

No moriría tranquilo sin saberlo.

Al salir de la iglesia

—¡Chist! ¡Chist! Espérese usted, doña Marta... Hija, no me dejaba pasar a esta tía de negro que va con ese rimero de chiquillos... ¡Por poco me hace caer!... Llegará día en que no podremos venir a la iglesia las personas decentes...

—Ya la había yo hecho una seña cuando terminó la misa, pero usted no me vió... ¡Miraba usted con tanto interés a la puerta de la sacristía!

—¡Jil! ¡Jil! Sería por casualidad...

—¿Qué función, ¿eh? Estaba la iglesia como un ascua de oro. El terno y las capas se estrenaban hoy; son regalo de la Cartujera. Valen casi una millonada.

—¡Dichosa ella que puede hacer esos obsequios a los padres!... ¿Ha visto usted qué gentío y qué lujo? Y que había muchos hombres, y bien vestidos, no gentuza...

—¡Si tienen los padres un imán para atraer a todo el mundo! Ahora han fundado la cofradía de Santa Bárbara, y está la residencia siempre llena de militares, de oficiales, ¿eh? A los soldados los dirige el H.^o Real, por cierto que recluta unos mocetones que da gusto verlos, simplos, guapos...

—Es una joya el H.^o Real. En Cáñiz dejó memoria eterna... Y ¿qué me dice usted del sermón?

—¡Ah, no me diga usted nada! Yo estaba extasiada. ¡Qué elegancia! ¡Qué frases! La duquesa se lo comía con los ojos.

—La duquesa y todas. ¡Qué diferencia de esos curules de misa y olla que andan por ahí!

—¡Quite usted, hija! Eso es una porquería. ¿No sabe usted que al P. Zote le han trasladado a Córdoba? Está la Congregación consternada; pero les ha prometido el P. Provincial que vendrá dentro de dos meses allá para Noviembre...

—Sí, para cuando se haya marchado a Bélgica, a su embajada, el marido de la marquesa.

—¡No sea usted mal pensada, Nicandro! Mire que se lo dió a su confesor... La verdad es que el caso fué terrible, si es que es verdad, que yo no lo creo, ni quiero hacer juicios temerarios...

—Hija, somos de carne, y la marquesita ha sido una loca de atar toda su vida, y el que tuvo y retuvo... Lo que es imperdonable es lo que hizo el embajador al cruzarse con el padre en la escalera de damas; le escupió en la cara.

—A mí me han dicho que le pegó una bofetada.

—¡Jesús, Dios mío!

—Pues la señora lo supo enseguida, y se puso indignada. Le costará la embajada, ya lo verá usted; la Compañía no puede tolerar esa afrenta.

—Siempre me dió a mí en la nariz que ese marqués es a un sinvergüenza... Porque ella será lo que quiera, pero bien trabaja la pobre por la Iglesia. Juntas, propaganda, centros, mensajes, qué sé yo, no descansan. Ha cerrado ya más de veinte escuelas laicas, y eso de las Congregaciones y lo de los cultos ella lo mueve todo.

—Como que si no fuera por ella, decía ayer la de Arenillas en la Junta, que no se haría nada con pies ni cabeza.

—¿Y a una mujer así no se la perdona una debilidad, como si fuera de piedra?

—Que no sabemos si habrá existido,

aunque yo me pongo en el caso y... Porque el P. Picó vale, señora, pero mucho.

—¿Y dónde me deja usted a mi confesor, el P. Turín?

—¿Y a mi director espiritual, el padre Muñoz, un sevillano con más sandunga y más letra menuda que...?

—¿Qué gracia-al! ¡Qué bien está esa viuda de Olalla, que no tiene otra cosa que hacer que ir tras el P. Aguirre a todas partes! Ahora están en Mondariz. Pero una, con esta cruz de los hijos y el marido, apenas puede volar al día unas horas para pensar en su alma.

—Dígamele usted a mí con tres hijos ya hombres, y el genio de Ernesto, que ahora se las echa a canalista... ¡Para venir a la iglesia tengo que inventar mil mentiras; hoy mismo he tenido que decir que a la abuelita le había dado una apoplejía...

—Y luego las criadas, la casa, y otras cruces más grandes que tiene el matrimonio...

—No me las recuerde usted, señora, que ya la entiendo... A mí me dice el padre que lo sufra por Dios, que piense en él, que lo acepte como una expiación de mis pecados... Yo cierro los ojos, y aguanto el chaparrón...

—Sí, sí, todo lo que usted quiera, pero cuando las cosas no vienen de gusto... Si yo hubiera sabido lo que ahora no me habría casado. Mire usted a la Antonita Verdado, libre como el aire, entra y sale, y no tiene que dar cuentas a nadie...

—Se pasa el día en la residencia. ¡Qué suerte! ¡Ah! No se olvide usted que esta tarde vamos a entregar el mensaje. Canalejas está que echa las muelas. Si no fuera por nosotras, ¿qué sería de la religión? Vaya, adiós, hasta la tarde; no falte usted.

—¿Quién, yo? Primero me divorcio.

—¡Hasta luego!

FRAY GERUNDIO

Diplomacia vaticano-española

La cuestión está, según dicen, al caer.

Que si rompemos.

Que si no rompemos.

¡Ahor!

Por culpa de éste.

Por culpa de aquél.

Que si es el Vaticano el que tira.

Que si es el gobierno.

Que si se va el Nuncio.

Que si se queda...

Que mañana la ruptura...

Unos que son galgos

otros que podencos,

y en estos disputas

se vienen los perros

ó sean los primeros de mes, y el Estado paga puntualmente dos millones de pesetas que van a aumentar el tesoro vaticano; cada día caen novicias ricas en poder de las monjas; viudas acaecidas en manos de los jesuitas y mil víctimas nacionales caen en la infamia, en la muerte ó en la miseria.

¿Cuándo rompen os?

Hígame el milagro, aunque lo haga el diablo.

A cerrar la espita del presupuesto y

del privilegio; cada mes que adelante no serán unos veinte millones de más para el pueblo español y veinte de menos para la fiera vaticana.

Esto es; cuarenta millones de ventaja para la lucha.

NOTAS DEL CAMPO

Cuando en un pueblo, riñen ó se matan dos mozos, los rencores entre ambos se hacen extensivos a los animales que cada uno posee.

He visto matar a un perro y dar soberanas palizas a burros, mulas etc., por el simple motivo de pertenecer a personas mal avenidas con el que les pegaba.

Los animales, por lo tanto, tienen que saberse al dedillo el estado en cada momento de las relaciones de su dueño con la gente de la localidad.

Desgraciadamente para ellos, muchas veces no conocen la última bronca ó el disgusto más reciente de su amo y esta ignorancia la sufren sus costillas.

No hubo pueblo en el que no me refirieran excesos gastronómicos de algún gaján que pusieran los pelos de punta.

En unos, caso bastante general, un sordo hombre se había comido por una pequeña apuesta la olla preparada para una cuadrilla de segadores, y la tal olla mejor pudiera llamarse tinaja si a su tamaño se atendía: en otros un cabrito entero, un par de corderos, una cantidad considerable de torreznos ó algún bocado por el estilo, sirvió de almuerzo a un mozo de buenas tragaras.

Yo mismo pude observar en cierta aldea un joven que acababa de beberse un cantarillo (una cuartilla) de aceite y que después de aquel absurdo trago, estaba pasando por el más amargo de arrojaños.

Pero aun con estos antecedentes, el caso ayer ocurrido en el lugar donde me hallo, ha colmado mi asombro. Aquí hay quien come más que todo eso; un hombre (aseguran que lo es) que da ciento y raya a cuantos alardean de poseer buen diente; un mozo que por una apuesta se merendó un plato novísimo.

Este hombre se ha comido un par de abaracas!

No ha necesitado asistencia facultativa.

El vino es un regalo para el obrero del campo; es lo único que rompe la monotonia de una vida siempre igual.

A demás el campesino, por su pobreza, está condenado a carecer de toda clase de distracciones que lo sean el juego de unos cuartillos ó la reunión en la taberna con los amigos para comentar las faenas, el estado de las cosechas ó otras cosas análogas.

A pesar de esto, la borrachera es rara entre la gente del campo, salvo en algunos profesionales de ella que existen en todas las clases sociales, ó en alguna región española a más meritoria erudición y aguda mena alcohol.

Pero si la borrachera no es común entre campesinos, sí lo es el hecho de

haber algunos que se meten entre pecho y espalda unas cantidades enormes de líquidos alcohólicos, gracias á las consabidas apuestas.

Estos bebedores accidentales suelen morir víctimas de alguno de sus alardes y lo extraño es que no revientan en el primero.

He oído referir varios casos de hombres que se tomaron media y hasta una arroba de vino, echándose la por un embudo que sostenían en su boca.

Hoy me citan la muerte, hace algunos meses, de un muchachote á consecuencia de haberse tragado 24 copas de aguardiente, acompañadas de otras tantas guindillas picantes. Era la segunda vez que ejecutaba la suerte, y en la primera no sintió la menor molestia, según él mismo afirmaba.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuará.)

Una idea

En algunos pueblos agrícolas, cuando los jornaleros llevaban mucho tiempo sin trabajo, había la costumbre, allá por los tiempos lejanos en que yo era joven, de enviar uno ó dos á cada propietario, para que les diese ocupación ó los mantuviera.

No sé si se conserva la costumbre, pero sí que convendría restablecerla ahora en esta forma:

Diso ver todas las Ordenes religiosas, y enviar á cada señora católica, uno, dos ó mas frailes (os que necesitara para sus menesteres de devoción), á fin de que los mantuviera, los vistiera y les diese una cantidad módica para sus vitios de menor cuantía.

Y así lo o quedaría perfectamente arreglado; los anticlericales, contentos de haber disuelto esos centros de holgazanería, saqueo é inmundicia, y los clericales gozosos y satisfechos de tener al lado esos prodigios de virtud, sabiduría y santidad.

Das condiciones solas habría que imponerles: la de que no excedieran de tres en cada casa, y la de que no pudiera salir ninguno á la calle sin ir acompañado de dos agentes de Seguridad, á fin de prevenir cualquier tarabasa que se le ocurriera cometer en público.

¡Estos los picarillos tan habituados á cometerlas!

Matrimonio civil

Se ha verificado con gran solemnidad el del redactor de *Heraldo de Alicante* y director de la Escuela Moderna, D. Baldomero López Arias, con la señorita Trinidad Pérez Domínguez.

El acto, al que asistió la plana mayor del partido republicano y numerosos amigos de los contrayentes, entre ellos muchas y distinguidas señoritas, tuvo verdadera importancia.

A derecha é izquierda del juez sentáronse como testigos los Sres. D. Antonio Rico Cabot, reputado médico de la localidad, y D. José Guardiola Ortiz,

ilustradísimo abogado, ambos concejales de la minoría republicana de aquel Ayuntamiento.

Lido el artículo del Código civil referente al matrimonio, y hechas las preguntas de costumbre, el señor juez dió por terminada la ceremonia, no sin antes invitar al Sr. Guardiola Ortiz á que dijera á los novios algo sobre el acto que acababan de realizar.

El aludido, accediendo al requerimiento del juez, pronunció elocuentes frases elogiando la conducta de los que, saltando por encima de los convencionalismos sociales, se casan en la forma que les dicta su conciencia.

A continuación leyóse el acta matrimonial que fué firmada por los señores Rico, Guardiola y otros testigos, y la comitiva salió rodeando á los novios, y ocupó los carruajes en que había ido.

Entre las muchas personalidades y representaciones que asistieron, figuraban los Sres. Verdes Montenegro, catedrático del Instituto; Sierra, presidente del Centro de Sociedades Obreras; Iriés (D. Eduardo), presidente del Ateneo Científico-Literario; Colomina, presidente del Circulo Republicano; Tomás (D. Rodolfo), presidente de la Juventud Radical; Latorre, Santaolalla y muchos otros.

Fué el acto, como se ve, solemne, grandioso y digno de que se repita con frecuencia para abolir añejos prejuicios sociales.

Felicito á cuantas personas tomaron parte en él.

A Gómez Santa Cruz

Querido amigo y compañero: Acabo de enterarme de la fausta nueva de haber salido usted absuelto en el Tribunal Supremo de la condena que le fué impuesta por la Audiencia de Soria en causa por injurias á mi también antiguo y muy querido amigo D. Luis Ayuso.

No faltaba más sino que, bajo un gobierno anticlerical, se prohibiese á un muy ilustre señor abad de colegiata, en cuyo cuerpo caben tres Sanchas y medio, el ejercicio del sagrado derecho de difamar, injuriar y combatir á un simple exdiputado á Cortes.

Por mal inspirada habría dado aquella delicada falsificación de certificado de estudios y de acordadas que le permitió pasar á Toledo, si aquella vocación al sacrificio, á la penitencia, á la contemplación, al estudio y á la beneficencia, no hubiese dado de sí cuanto podía dar. Ya ve como coincidimos el Tribunal Supremo y yo en eso de sacarle á usted los pies de las alforjas, bruciando la buena estrella en que naciera.

Y pues el Señor le ha dotado de tan espendidas dotes físicas multiplicando aquellos mofletes donde oscilan con esplendor inusitado las austeridades, la maceración, el ayuno, el cilicio, el trabajo continuo y el continuo desvelo que la cura de almas le impone, procurando satisfacer á Dios, con penitencias á lo San Saturio, los pecados de molice y disipación de sus feligreses; ya que esos carrillos lucen radiantes el celo que le devora, las chuletas devoradas y el hermoso tentador clarete de la tierra, ayudados del pigmento de jamón y del acicate del sabroso aniseo; aproveche us-

ted tales tesoros para llenar la tierruca esa con el perfume de santidad de todas las virtudes clericales. Buen chocolate con mantequilla por las mañanas; buen pollo y chorizo al mediodía, buen tostón á la noche, con mantequilla á todo pasto, y todo compartido con alguna buena hembra, nariguda ó desnarigada, lisa ó berrugona, rubia ó morena, soltera ó viuda ó casada, que ayude á llevar el santo yugo del celibato compartiendo sus pesares para aliviar al prójimo.

Cuando supe que usted se había metido en la prensa tuve una satisfacción indecible. «Por ahí comencé yo», díjeme como el loco de Ciempozuelos á su visitante. También esa Audiencia me procesó, siendo fiscal terribilísimo ese mismo señor Marroquin, ahora presidente. A mí me procesaron por defender á esas santas monjitas del Carmen, por quienes, si hubiese habido justicia, debía haber ido á la cárcel.

En esto de injuriar veo que me gana usted, como en lo de los mofletes. Así me gane usted en el resto y venga usted un día á ayudarme á decir pestes de ese celibato tan cantado en público como maldecido en privado, y á confesar sinceramente los errores propagados en nuestra imbecil juventud.

«Por ahí comencé yo». Pero si hubiese sido un muy ilustre abad, porcholis, cómo llena de aire la boca ese titulejo, si hubiese sido eso, quizás no hubiese tenido fuerza para renunciar á los doce mil del ala y demás gajes del oficio.

¡Oh, y cómo le imagino yo á usted paseando por arriba y abajo de la plateresca colegiata esa su solemne persona, esos sus mofletes, esa su respetable barriga, diciendo á las encantadas pollas y á las piadosas damas sorianas: «Dios es Dios y yo soy su abad; Cristo no pudo llegar á ilustre y yo soy su nino de ilustrísimo!»

Rediós y cuanta satisfacción debe penetrar en el cuerpo con esas miradas hechiceras y con esos encantamientos *præter quod latet*! Y que de saltos debe dar el corazón, y el estómago, y el alma y todo lo saltable!

Lástima que usted no sea santo inmediatamente; porque, aunque sólo lo fuese de medio cuerpo arriba como su patrón San Saturio, su medio cuerpo valdría por dos cuerpos enteros del enteco San Antonio...

Tantas cosas se aglomeran á la pluma, que no hay modo de elegir con orden.

Una de las muchas felicitaciones que le debo es por la gran influencia que veo tiene con Dios. Publica un día el artículo aquel protestando que antes que la justicia de la Iglesia vaya una justicia sacrificaría á su madre si fuese preciso, y á los tres días su Madre se hallaba en el aver.

¡Cuidado si fué maldición de gitana esa oferta! Vi en los periódicos que había muerto del pesar que le produjo la sentencia condenatoria... Quizás resucite ahora con la absolución del Supremo... Esto sí que sería maravilloso. Y si no resucita, carillo le ha salido á ella el artículo contra Ayuso. ¿Quién le dijera que al redactar aquellas líneas escribía usted la sentencia de muerte contra su madre! Si me hubiese ocurrido á mí, ustedes dirán: ¡Código de Dios! al ocurrirles á ustedes, exclaman: ¡Bendídigamos la Santa Providencia! Bendí-

gámosla... Sólo con este trastueque de razones, el impío piadoso puede hacerse impenitente en su impía piedad. Sólo así se da margen á los piadosos impíos para azotar al hipócrita.

Basta de carta, muy ilustre amigo: Continúe usted sin desaliento su campaña imitando á su insigne correligionario pamplonés y exjesuita, Valencia condenado por injurias á Lacort; al otro correligionario de Palma, Singala, muerto de miedo por verse forzado á responder de las calumnias contra mí, y á su gran maestro Necedal, condenado por injurias al señor Castilla. Y si todos los ciudadanos persiguieran las injurias, calumnias é insolencias de ustedes los señores clericales ¿qué escritor, cuál obispo y cuál sermoneo andaría suelto por esas calles? Animo, abad ilustre: á hacer odioso el catolicismo, difamando en su nombre y buscando la inviolabilidad de la injuria.

S. P. O.

Presbíteros, á defenderse

Han dado en la villa de Tobarra en la gracia de quitarles á los curas los cadáveres de la boca, es decir, enterrarlos civilmente, privándoles así de las entradas metálicas que les proporciona esa obra de misericordia. Desde el 20 de Enero á la fecha le han escamoteado ocho.

Al celebrarse los dos primeros, gruñó el cura Rafael Pastor; al tercero y cuarto, aulló; al quinto, sexto y séptimo, ladró, y al octavo se lanzó rabioso sobre el cortijo que conducía los restos de la niña Rosario Valero, y trató, ayudado de varios clericales, de arrelatar el féretro á quienes lo conducían y transportarlo á la iglesia.

Con este motivo armóse un tumulto espantoso, con los incidentes de rúbrica en estos casos, saliendo al fin por pies el parrodago sin su presa y coreado por una orquesta de silbidos que había que oír.

Condeno con toda energía la conducta de los vecinos de Tobarra, que tratan de dejar sin pienso á los curas con la celebración de actos civiles, y grito á todos los presbíteros españoles con toda la fuerza que alcanza la convicción cuando se pone al servicio de la justicia:

¡Hurra, cosacos de la Iglesia, hurra!
¡La muerte os b'inda espléndido botín!
¡Destrozad á bocados al impío
que trate de impedir vuestro festín!
¡Hurra, á la carga, hijos de la sombra!
¡Meted los cuatro remos sin piedad!
¡El hombre os pertenece muerto ó vivo!
¡Defended vuestra santa propiedad!

El sermón de Sevilla

Un beneficiado de Sevilla aprovechó la ocasión de predicar un sermón de San Fernando III en la catedral, para disparar mandobles á diestro y siniestro, especialmente contra el Rey, contra el Gobierno y contra el Ayuntamiento

que asistía oficialmente á la función, atacando á «los reyes modernos que abandonan el cumplimiento de sus altísimos deberes para dedicarse á la caza y demás sports aristocráticos».

El alcalde ha notificado al provisor «lamentar el que acaso por poco meditado y por inexplicable olvido de los altos fines de la sagrada cátedra se hayan podido establecer parangones y formular juicios—salvando la intención—que han podido herir la respetabilidad de autoridades legítimas y la susceptibilidad colectiva é individual del Ayuntamiento».

Ingratillo es ese beneficiado al pagar con censuras al Rey la real provisión que le sirve para cobrar sus mensualidades. Esto es realmente aquello de criar cuervos para que le saquen los ojos.

Pero el ayuntamiento sevillano anda desconcertado y fuera de tiesto. En vez de acudir al provisor, ¿cómo no se le ocurre acudir al juzgado é interesar del fiscal de Su Majestad la persecución del que traspase la Constitución y el Concordato, enseñando á murmurar del soberano indiscutible é inviolable? ¿Es que el alcalde constitucional de Sevilla reconoce la excepción de fuero para los delitos comunes de los clérigos?

Si así andamos, hacen bien los predicadores en apalearse desde el púlpito á tales autoridades civiles; mejor dicho: cumplen el deber de la secta reconocida como religión oficial.

En atención á esto, nos parece estar mejor dentro de su derecho el beneficiado lenguaraz al saltar la sin hueso, que el alcalde al protestar. Al templo se va á eso: á oírse apostrofar.

Si el alcalde siguiese el consejo de la minoría republicana acordando la retirada del Ayuntamiento de todas las funciones de Iglesia, no se vería en estos trances ridículos.

Felicitamos cordialmente al beneficiado, si Almaraz quiere ser consecuente le ombarrá cuaresmero, animándole en el camino emprendido. ¡Así se predica, y así se nos ayuda en la empresa descolonizadora! Vengan esos cinco señor beneficiado

¿POR QUÉ USA SUTANA EL FRAILE?

UNA ENQUÊTE DE «L'ASINO»
EN ROMA

Por la misma razón que no usa bigotes ni barba, á fin de poder decir en los momentos críticos que no peca contra natura.

Turín.

Pelonino de Alba

Para poder en cualquier trance, echarse la sotana á la cabeza.

Ozieri.

Francisco Arghittu

Para mantener en duda su propio sexo, como mantiene su conciencia.

Secondigliano.

José Ciani

La sotana del fraile semeja un saco de carbón; el carbón que alimenta el fuego de la discordia entre las clases

sociales; el carbón que, por su color, es símbolo de las tinieblas en las cuales el fraile quiere mantener la inteligencia humana; el carbón que, si lo tocas, te ensucia.

Torre Annunziata.

F. G. S.

A una monja

Entre bóvedas amplias escondida
y oyendo siempre fúnebres clamores
renunciaste, ilusa, á los amores
que ennoblecen y alegran nuestra vida.

Con paz «angelical» y dolorida,
y huyendo de la luz los resplandores,
rezas llenas de místicos temores
sin recordar tu juventud perdida.

Ya no amas á los débiles ancianos,
tus viejos padres de temblorosas manos,
que te dieron el sér y el alimento.

Y odiando al mundo que jamás has visto
tan sólo te enamora Jesucristo...
¿y el joven capellán de tu convento!

MIGUELITO

Las Cabezas.

Alzamiento carlista en San Andrés (?)

Anoche los elementos carlistas de esta barriada sintieron poseídos de bélicos ardores y decidieron librar descomunal batalla en contra de varios correligionarios que, en uso de su perfecto derecho, hace unos días reparten á la puerta de la iglesia y de escuelas católicas, *Hojitas piadosas* de las que edita nuestro querido maestro D. José Nakens.

Dichas fuerzas clericales, noticiosas de que nuestros amigos habían de acudir á continuar su propaganda anticlerical entre las innumerables jóvenes que acuden á recibir la enseñanza clerical al convento de monjas situado en la Rambla Santa Eulalia, prepararon una emboscada como en sus buenos tiempos, ocultándose en número de unos cincuenta en el interior del convento con el loable fin de sorprender á nuestros amigos. De éstos que ignoraban el magnífico plan carca clerical acudieron dos, uno de ellos joven de diez y siete años. En el momento de comenzar su higiénica tarea vieron acometidos por la jauría carlista, que después de varias vacilaciones y un asalto en regla, lograron apoderarse de las *Hojas* del más joven de nuestros amigos.

Las heroicas guerrillas batieron en vergonzosa retirada al aparecer varios correligionarios en el campo de operaciones.

No hay que lamentar más que la presteza de la huida de estos ridículos campeones de la clerigalla vaticanista.

EL PROGRESO

Barcelona.

Una penitente se postra ante un confesonario. El rector la reconoce.

—¿Cuánto tiempo sin haber venido por acá!—le dice en tono suave de reconvencción.

—Es que quería venir bien provista—responde la devota.

Imprenta de D. Blanco, Libertad 33